

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

ECHARSE EN BRAZOS DE DIOS.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1855.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.	*Motril.*	Ballesteros.
Alcoy.	V. de Martí é hijos	*Manzanares.*	Acebedo.
Algeciras.	Almenara.	*Mondoñedo.*	Delgado.
Alicante.	Ibarra.	*Orense.*	Ferreiro.
Almeria.	Alvarez.	*Oviedo.*	Palacio.
Aranjuez.	Sainz.	*Osuna.*	Montero.
Avila.	Rico.	*Palencia.*	Gutierrez é hijos.
Badajoz	Orduña.	*Palma.*	Gelabert.
Barcelona.	Viuda de Mayol.	*Pamplona.*	Barrena.
Bilbao.	Astuy.	*Palma del Rio.*	Gamero.
Burgos.	Hervias.	*Pontevedra.*	Cubeiro.
Cáceres.	Valiente.	*Puerto de Santa Maria.*	Valderrama.
Cádiz.	V. de Moraleda.	*Puerto-Rico.*	Marquez.
Castrourdiales.	García de la Puente.	*Reus.*	Prins.
Córdoba.	Lozano.	*Ronda.*	Gutierrez.
Cuenca.	Mariana.	*Sanlucar.*	Esper.
Castellon.	Lara.	*S. Fernando.*	Meneses.
Ciudad-Real.	Arellano.	*Sta. Cruz de Tenerife.*	Ramirez.
Coruña.	García Alvarez.	*Santander.*	Laparte.
Cartagena.	Muñoz Garcia.	*Santiago.*	Sanchez y Rua.
Chiclana.	Sanchez.	*Soria.*	Rioja.
Ecija.	Garcia.	*Segovia.*	Alonso.
Figueras.	Conte Lacoste.	*S. Sebastian.*	Garralda.
Gerona.	Dorca.	*Sevilla.*	Alvarez y Comp.
Gijon.	Ezcurdia.	*Idem.*	Hidalgo.
Granada.	Zamora.	*Salamanca.*	Huebra.
Guadalajara.	Oñana.	*Segorbe.*	Clavel.
Habana.	Charlain y Fernz.	*Tarragona.*	Puygrubi.
Haro.	Quintana.	*Toro.*	Tejedor.
Huelva.	Osorno.	*Toledo.*	Hernandez.
Huesca.	Guillen.	*Teruel.*	Castillo.
Jaen.	Idalgo.	*Tuy.*	Martz. de la Cruz.
Jerez.	Bueno.	*Talavera.*	Castro.
Leon.	Viuda de Miñon.	*Valencia.*	M. Garin.
Lérida.	Rixact.	*Valladolid.*	Hidalgo.
Lugo.	Pujol y Masía.	*Vitoria.*	Galindo.
Lorca.	Delgado.	*Villanueva y Geltrú.*	Pers y Ricart.
Logroño.	Verdejo.	*Zamora.*	Calamita.
Loja.	Cano.	*Zaragoza.*	Pintor.
Málaga.	Casilari.		
Mataró.	Abadal.		
Murcia.	Mateos.		

ECHARSE EN BRAZOS DE DIOS.

DRAMA

DE FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe la noche del 22 de Febrero de 1855.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1855.

AL SEÑOR DON EDUARDO GONZALEZ PEDROSO.

A tí, mi mejor amigo, te dedico esta obra, que aunque sale á luz ahora, encierra el primer pensamiento dramático que he tenido en mi vida. De él nació despues la mas conocida de mis novelas, quedando el antiguo plan abandonado. Si hoy le desentierro del olvido, sin que las galas con que he intentado vestirle basten á ocultar su primitiva rustiqueza; esta misma le dará cierto atractivo para tí, que al descubrir en la obra las huellas de los primeros años, recordarás la antigüedad y sencillez de nuestro cariño.

Admite una ofrenda tan humilde, tan indigna de tu claro talento, para que al lado de mi primera concepcion literaria vaya el dulce nombre de mi primer amigo.

Francisco Navarro Villoslada.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELVIRA.....................	SRA. LAMADRID. (D. T.)
DOÑA CATALINA DE BEAUMONT....................	SRTA. BUZON.
DOÑA MAYOR..............	SRA. CAMPOS.
PABLO......................	SR. ARJONA. (D. J.)
D. FELIPE DE NAVARRA...	SR. ORTIZ.
EL CONDE DE LERIN.......	SR. GARCIA.
BELTRAN....................	SR. TAMAYO. (D. V.)
UN HERALDO...............	
UN ANCIANO...............	
UNA DUEÑA................	
UNA ANCIANA..............	
UNA JOVEN.................	

Vasallos del Conde, Mesnaderos de Beltran, Pajes, Escuderos.

La accion del primero y tercer acto pasa en Baigorri: la del segundo en una ermita solitaria de las inmediaciones.
Navarra: 1479.

ACTO PRIMERO.

Parque del palacio del Conde de Lerin en Baigorri. Al fondo, en primer término, arboleda: en último término se ve el palacio. A la derecha un pabellon. A la izquierda bosque. Bancos de piedra.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MAYOR, DOÑA CATALINA: *vienen del palacio.*

MAYOR. Era otra cosa Lerin.
Qué lastima de castillo!
CATAL. En Baigorri hay menos brillo;
pero en cambio... qué jardin!
MAYOR. Mientras Lerin se restaura
de los estragos del fuego,
respirarás con sosiego
de las montañas el aura.
CATAL. La famosa penitente,
no vive cerca de aqui?
MAYOR. En la sierra.
CATAL. Es santa?
MAYOR. Asi
lo dice al menos la gente.
—Pero, vaya con el lance
de ayer!—Estoy aterrada.
Verte del fuego cercada,

próxima al último trance!
Quién á salvar se atrevia
el mar de llamas profundo
que, á vista de todo el mundo,
por devorarte rugia?

CATAL. Quién, Mayor? El capitan
mas jóven y mas bizarro
de todo el suelo navarro.

MAYOR. Bien se portó mi Beltran.

CATAL. Al ver mi fiera congoja,
con qué intrépida arrogancia,
para trepar á mi estancia,
al golfo ardiente se arroja!

MAYOR. Cuál gritó la muchedumbre,
cuando, saltando entre escombros,
ilesa te vió en sus hombros,
al resplandor de la lumbre!
Loco el Conde de alegria,
él que jamás pierde el seso,
agradecido en exceso,
vino á decirle que un dia...

CATAL. Yo nada oí con el susto.
—Con que mi padre le dijo...

MAYOR. Que habia de ser su hijo.

CATAL. (*Con gozo.*) De veras?
(*Reprimiéndose.*) No fuera justo?

MAYOR. A una madre se lo dices?

CATAL. De la vida soy deudora
al capitan. Ay, señora!
Seriamos tan felices!...

MAYOR. Si tu padre no se opone,
y tú quieres á Beltran...

CATAL. Tarde ha venido este afan:
Dios otra cosa dispone.
Beltran es mozo arrogante,
casi de mi misma edad;
pero...

MAYOR. Pero...—la verdad—
tú ya tienes otro amante.
—Callas?—De rubor te enciendes?
—Salió como yo temia.—
Confiésalo, amiga mia.

A qué ocultarlo pretendes?
Solo al deber corresponde
de agradecido, de hidalgo,
mi Beltran. Cuanto yo valgo,
cuanto soy, lo debo al Conde.
Hacienda, esposo... y mil otros
bienes perdí en un saqueo. (*Con tristeza.*)
(*De repente, como queriendo desechar estos recuerdos.*)
Y si hoy tan feliz me veo,
todo os lo debo á vosotros.

CATAL. Bien merece tanto afecto
que mi pecho desahogue...
(*Óyese ruido sordo de timbales y clarines.*)

MAYOR. Ya tiemblas como el azogue...

CATAL. Pues no sentis?...

MAYOR. En efecto.
El pregon de rebeldia
contra el mariscal infame.

CATAL. No es justo que asi se llame
á quien tiene sangre mia.

ESCENA II.

UN HERALDO. *Escuderos, pajes, vasallos del Conde.* DICHAS.

(*Aparecen en el fondo, cerca del palacio, el Heraldo y demas acompañamiento. Trae el primero en la sobrevesta las armas de Navarra y las del Conde de Lerin. Estas son escaques puntiagudos de azul y plata.*)

HERALDO. Oid, oid, oid. D. Luis de Beaumont, Conde de Lerin, condestable de este reino de Navarra, en nombre del rey nuestro señor don Francisco I, ausente de sus dominios, declaro traidor á mi primo D. Felipe de Navarra, mariscal y cabeza del bando rebelde agramontés, y absuelvo de culpa y pena á quien le matare; antes bien le ofrezco mil florines de oro en premio de su accion. Y este bando ha de publicarse por mis heraldos en todo el

reino por tres dias consecutivos.

GRITOS DE LA TURBA. Muera, muera el mariscal!
(Confusion de música y voces que se van alejando.)

ESCENA III.

DOÑA MAYOR, DOÑA CATALINA.

MAYOR. Hoy es el último dia.
CATAL. Deudos y así se aborrecen!
MAYOR. Estas cosas me estremecen.
CATAL. Cuál dura la guerra impia!
MAYOR. Fuerza ha sido recurrir
al pregon. A ese hombre escuda
el diablo mismo sin duda.
—Pero, me ibas á decir...
CATAL. No, por Dios.
MAYOR. Empeño tal
en callar, parece ultraje.
El galan, no es de linaje?
CATAL. Cuando menos, es mi igual.
MAYOR. Entonces... por qué estás muda?
Será del bando contrario?
Es un juicio temerario;
pero... la verdad desnuda.
(Catalina baja la cabeza.)
Te turbas?—Vamos, al fin
el dedo en la llaga he puesto.
Con que lidia en bando opuesto
al del Conde de Lerin?
CATAL. Años há, Mayor, que sueño
con reducir á cenizas
el fuego de tantas lizas.
MAYOR. Santo, pero audaz empeño.
CATAL. De mi padre en el regazo
deposité mi esperanza.
MAYOR. Y el Conde, qué dijo?
CATAL. «Alcanza
lo que no puede mi brazo.»
—La inspiracion paternal
sencillamente seguí,

y mi mano prometí
en secreto... (*Con esfuerzo.*) al mariscal!
MAYOR. Al rebelde que, en desdoro
de su patria, sangre vierte!
A quien aguarda una muerte
afrentosa, á precio de oro!
Y lo sabe el Conde?
CATAL. Es llano.
MAYOR. Ah! Lo sabe y le pregona?
CATAL. Y al pobre Beltran abona
para que aspire á mi mano.
MAYOR. Ya.—Nueva fábrica labra
sobre mas firme cimiento.
CATAL. Él podrá mudar de intento!
yo no falto á mi palabra.
Y mientras el mariscal
no me devuelva la mia,
yo estaré dia tras dia
esperándole leal.
MAYOR. Grande amor!
CATAL. Solo quien ama
puede ser fiel y constante?
No necesita lo amante
quien nunca olvida que es dama.
Felipe, de edad madura,
me inspira afecto de hermano.
Pero yo veo en su mano
prenda de comun ventura.
MAYOR. Y el buen capitan que gala
haciendo va de su anhelo...
(*En ademan de marcharse.*)
—Para detener su vuelo
le cortaremos el ala.
CATAL. No: nada sepa por vos:
mi dulce ilusion de paz
se disipará fugaz,
y entonces...
MAYOR. Tu padre.—Adios. (*Váse.*)

ESCENA IV.

EL CONDE, DOS ESCUDEROS, DOÑA CATALINA.

CONDE. (*Saliendo, á los escuderos.*)
No quede en Navarra aldea
á donde el pregon no llegue.
—Buena caza, buena caza.
Si no correis, mis lebreles;
si os da miedo el jabalí,
puesto que colmillos tiene,
tambien tiene el cazador
látigo con que os aliente.
—La cabeza de la fiera
mañana habeis de traerme.
(*Dirigiéndose á Catalina.*)
Trofeo con que la falta
del que ayer perdí, compense.
CATAL. Un trofeo!
CONDE. Casi, casi
valia tanto como ese.
Una espada.
(*Mirando fijamente á Catalina.*)
No la has visto?
CATAL. En Lerin debió perderse.
CONDE. Si, en el fuego. (Nada sabe.)
Cerca está la penitente.
Iré á verla.
CATAL. Y logrará?..
CONDE. Esa mujer!—Cuánto quiere.
Por santa la tiene el vulgo:
no sé si á mí me parece
bruja, pero al fin y al cabo,
no soy reparon, ni hereje,
y la venero.—Reparte
oro entre los indigentes:
con que en pedirla yo... un hierro,
creo que nada se pierde.
CATAL. Pablo, aquel viejo, su amigo,
anduvo ayer diligente
cuando el incendio. Le ví
como pocos exponerse...

(*De repente.*) Y aun entrar en la armeria.

CONDE. (Él es.)
(*Volviéndose de pronto á un escudero.*)
El tordo prevenme.
(*Vánse los escuderos.*)

ESCENA V.

EL CONDE, DOÑA CATALINA.

CATAL. Permitid que yo tambien
vaya.
CONDE. No: fuera exponerte
sin necesidad. Ya sabes
que andas los agramonteses
alrededor: que el incendio
se atribuye á los rebeldes:
acaso á tu mariscal.
CATAL. Felipe incendiar mi albergue!
Él los mejor guarnecidos
alcázares acomete,
y respeta al que me ampara
desmoronado y sin gente.
Será cruel, será un tigre;
pero es leal, es...
CONDE. Defiendes
con calor á mi enemigo.
CATAL. Pues quién á no aborrecerle
me enseñó?
CONDE. Bien lo recuerdo.
La escuela duró seis meses
que mi caro primo estuvo
prisionero. Yo, inocente,
quise que amor sonriera
para que discordia huyese.
(*Con sarcasmo.*) Bien la leccion aprendiste!
Oh! tu ingenio es eminente.
CATAL. Padre...
CONDE. Magníficos frutos
de aprovechamiento ofreces!
Antes de vuestros amores,
tenia villas, rehenes,

alcázares... gracias hoy
á vuestra pasion ardiente,
mi última villa es Lerin,
mi último castillo es ese. (*Señalando.*)

CATAL. Yo espero aun...

CONDE. A tu padre
no se le engaña dos veces.
Mis años y mi fortuna
se derrumban igualmente;
pero me restan mis brios:
anciano soy, mas no débil.
Hoy del carro de la guerra
broncos rechinan los ejes;
quiero que al bélico estruendo
de nuevo Navarra tiemble.
Don Fernando de Aragon
me brinda con oro y huestes:
dinero y buenos soldados
del triunfo deciden siempre.

CATAL. Llora la patria victorias
que á los extranjeros debe.
Yo la afrenta de ese triunfo
sabré evitaros.

CONDE. Cuál quereis
al Mariscal!

CATAL. A la empresa
no loca aficion me impele,
si no el amor de la patria;
vuestro honor.

CONDE. (*Friamente.*) Vamos, te atreves
á conseguir una tregua.

CATAL. Permitidme que lo intente.
Si hoy le escribo, estoy segura,
mañana me la concede.
Luego la paz.

CONDE. (*Disimulando su alegria.*)
Catalina,
á mucho te comprometes.
No quiso un tiempo firmarla
despojado de laureles.

CONDE. Es bizarro: mejor firma
cuando le abruman la frente.

CONDE. Le perdonaria todo
como la paz consiguieses.

CATAL. Pues bien: cual prenda primera
esas órdenes crueles,
que precio á su vida ponen,
revocad.

CONDE. No, no lo esperes.
(*Sonriendo.*) Acaso tengo á Felipe
la aficion que tú le tienes?
—Me dan igual resultado
su casamiento... ó su muerte...

CATAL. (*Retrocediendo asustada.*)
Yo le salvaré la vida.

CONDE. (*Encogiéndose de hombros.*)
Mas cristiano me parece.
—En cuanto á Beltran, supuesto
que otro marido prefieres...

CATAL. Si al corazon consultara...

CONDE. (*Con hipocresia.*)
Por tenerle yo tan débil,
en el ímpetu primero
de un entusiasmo... imprudente...

CATAL. Disteis al pobre esperanzas...

CONDE. Y qué! será tan imbécil
que ose aspirar el hidalgo
á la nieta de cien reyes?

CATAL. Es capitan de mesnada.
De noble estirpe desciende.

CONDE. No pensar en él.—Adentro
escribir la carta puedes.
(*Vàse Catalina por la puerta del pabellon.*)

ESCENA VI.

EL CONDE.

Resultados del pregon.
Pobre paloma inocente!
Se asustó con el ruido
y vino á dar en las redes.
La paz!... Locura!—Locuras
(*Alzando los hombros.*)

hay que esperar de un demente.
—Solo esa espada... Su pérdida
no es un casual accidente.
Pablo ha sido... Si ese acero
de Felipe á manos fuese...
adios, esperanzas!—Tengo (*Alzando la voz.*)
que ver á la penitente.

ESCENA VII.

ELVIRA, EL CONDE.

ELVIRA. (*Saliendo por el bosque, cubierta con manto.*)
En hora oportuna entonces
ella á vuestro alcázar viene.
CONDE. (*Con asombro.*) Vos aqui! Vos!
ELVIRA. Qué barreras
pudieran hoy detenerme,
cuando un caudal por la sangre
de vuestro deudo se ofrece?
CONDE. Y vos... (*Deslumbrado.*) seriais capaz?...
ELVIRA. Capaz de haceros presente...
CONDE. Si... presente...
ELVIRA. De cristiano
los olvidados deberes.
(*El Conde desconcertado se muerde los labios.*)
Cerca está de ser traidor
quien anda buscando aleves.
Caudillo que al oro apela,
ceñir espada no debe.
CONDE. (*Sonriendo.*) Dais al bando una importancia
mayor de la que merece.
Siempre es bueno algun estruendo
para aturdir á la plebe.
A que para el vulgo soy
hace tres dias mas fuerte,
porque suenan mis timbales
y pregono esas... sandeces!
ELVIRA. Sandeces muy peligrosas,
si en mil florines se envuelven.
Yerta quedé al escuchar

que un tesoro se promete
por un crimen!

CONDE. Ese nombre...

ELVIRA. Es el nombre que merecen
las proezas de asesinos,
las hazañas que se venden.
Poner tal cebo al criado
que mientras Felipe duerme
puede clavarle un puñal;
que sutil veneno puede
verter en su copa! Asi
nuestros príncipes hoy mueren!
Asi Carlos, asi Blanca;
asi...

CONDE. Todas las mujeres,
del bendito mariscal
enamoradas parecen.
Mis hijas su causa amparan,
nuestras santas le defienden.
Afortunado mortal!
—Ya no me asombra su suerte.

ELVIRA. Felipe no tiene entrañas:
hoy ama... luego aborrece:
es ingrato, olvidadizo,
vierte la sangre á torrentes...
pero, traficar con ella!
—No nació de mercaderes!

CONDE. Y qué pretendeis?

ELVIRA. El bando
revocad.

CONDE. Quereis perderme?
Podrán motejarme todos
de necio, de inconsecuente.

ELVIRA. Revocadlo.

CONDE. (*Pausa.*) Y con las manos
vacias venis á verme?

ELVIRA. Eso si; pedid mi vida...

CONDE. Cierta espada solamente,
que ayer perdí en el incendio.

ELVIRA. Vuestra?

CONDE. A mí me pertenece.

ELVIRA. Sospecho que no.

CONDE. (*Turbado.*) Sabeis?...
ELVIRA. Que con anhelo impaciente
su dueño la busca.
CONDE. Si?
—Ya haremos que no la encuentre.
ELVIRA. La paz, el bien de Navarra
asi quizás lo aconsejen.
—Cuando revoqueis el bando,
id por la espada á mi albergue. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE *y luego* BELTRAN.

CONDE. Tambien ella!—No: primero
consentiré en que me cuelguen.
—Todo, ó nada.—Guerra, ó boda.—
Y aun mejor...—Si le cogiese
otra vez entre mis garras!...
(*Viendo venir á Beltran por el fondo.*)
El capitan! A qué viene
este necio?
BELTRAN. Señor Conde...
CONDE. Me buscabas?
BELTRAN. (*Indicándole que no.*) Francamente...
CONDE. (*Con una risita falsa.*)
Catalina es quien te trae.
En el pabellon la tienes.
BELTRAN. Queria hablarla...
CONDE. La esperas,
y con ella á casa vuelves.
BELTRAN. (*Entre confuso y agradecido.*)
Señor...
CONDE. (*Dándole un golpecito cariñoso.*)
Gentil capitan,
nadie cual tú la merece!
(*Retirándose.*) (Su dicha irá publicando
dó quiera el galan imberbe:
á ver, con tal aguijon,
si el otro amante se mueve.)
(*Váse hácia el castillo.*)

ESCENA IX.

DOÑA CATALINA, BELTRAN.

BELTRAN. Yo tiemblo!
CATAL. (*Saliendo del pabellon.*)
Se fué mi padre!...
BELTRAN. Él me ha dicho que os espere.
Qué bella estais!
CATAL. Tengo prisa.
BELTRAN. El Conde... (Y no he de atreverme
CATAL. Quedad con Dios.
BELTRAN. Él os guarde.
Por qué os vais?
CATAL. Yo!... No es prudente
que sin mi padre y mis dueñas,
solos en estos verjeles...
BELTRAN. Yo tambien estoy temblando...
(*Con resolucion.*)
Prefiero mil y mil veces
lanzarme al fuego, á deciros,
(*Conteniéndose.*)
á ofenderos!
CATAL. No me ofende
quien me salva.
BELTRAN. Nunca osara
hasta vos enaltecerme,
si la voz de vuestro padre,
reclamo á mis ansias breve,
no acrecentara los vuelos
de una pasion, muda siempre.
CANAL. No me hableis de amor, Beltran,
hija sumisa, obediente...
BELTRAN. Obediencia! sumision!
Basta.—Palabras de nieve!

ESCENA X.

D. FELIPE, DICHOS.

FELIPE. (*Saliendo por la derecha embozado.*)
No he de aguantar que en mis barbas

á la dama me requiebren.
CATAL. Ah! perdida soy.
BELTRAN. Qué esto?
FELIPE. Es que un hombre de mi temple,
no tiene mucha paciencia
para escuchar tus sandeces.
BELTRAN. Deslenguado!
FELIPE. Vive el cielo,
que el galan impertinente,
cuando abrasándome estoy,
con retóricas se viene.
(*A Catalina.*) Y este mozo es el marido
que tus ansias te previenen?
BELTRAN. Miserable!
FELIPE. Ea, no tengo
tiempo de reñir: despeje.
BELTRAN. Mal me conoces, villano.
CATAL. Reportaos.
FELIPE. No te empeñes.
Atrás!—Ni yo te aborrezco,
ni á Catalina conviene...
BELTRAN. Cobarde!
FELIPE. Cobarde?—En guardia;
(*Desenvainando.*)
que menos tiempo se pierde
en reñir cual caballeros,
que en charlar como mujeres. (*Riñen.*)
CATAL. Por Dios, por mi honor, señores!
BELTRAN. Solo hay un brazo como este
en toda Navarra. Sois...
FELIPE. (*Desarmándole.*) Quien á sus plantas te tiene.
BELTRAN. Matadme, tras tanta afrenta...
FELIPE. Nuestros fueros te protegen,
que ante las damas prohiben
verter sangre humana.—Vete.
—Toma tu espada.—Este lance
que entre nosotros se quede.
BELTRAN. (Del uno he sido trofeo:
del otro quizás juguete.
—Honor, observa.—Quien sufre
su desdoro, lo merece.
(*Váse por la izquierda.*)

ESCENA XI.

D. Felipe, Catalina.

Catal. Ah, qué imprudencia fatal!
Huye, por Dios, mariscal,
de este alcázar enemigo.
Solo estás...

Felipe. Solo! No tal:
la espada traigo conmigo

Catal. Y habrá quien ganar intente
el oro, que al conde plugo
dar por tu vida!

Felipe. Inocente!
Ves como venzo á un valiente,
y me asustará un verdugo?
En medio de horrible hoguera
supe que estuviste ayer.
Qué quieres tú que yo hiciera?
Aunque el orbe se opusiera,
hoy te tenia que ver.
Llego, y el primer rumor
que trae el viento á mi oido,
es que, olvidando mi amor,
á quien fué tu salvador,
nombre darás de marido.

Catal. Y tu labio amores vierte,
cuando tan plácido son
ensordece al grito fuerte
de desolacion y muerte,
que lanza tu corazon?
Un tiempo, si, te escuchaba:
mi fé te pude ofrecer.
Loca de mí! Yo pensaba,
domando tu saña brava,
al tigre en hombre volver.
Y en mi delirio decia:
—«Mi amor el lazo será
que una los bandos un dia:
tus lágrimas, patria mia,
esta mano enjugará».

Necia presuncion liviana!
Navarra se estremeció
cuando fulminar te vió
la roja espada inhumana,
y muda de horror quedó.

FELIPE. Mi padre murió en Pamplona,
víctima de una asechanza,
segun la fama pregona,
y su espada y su venganza
me legó con su corona.
Yo, por cumplir el mandato
paternal, Sombras le envio,
Sombras sin cuento.

CATAL. Insensato!

FELIPE. Y busco en vano hace rato
su noble acero, que es mio.
Cansado á veces, me siento;
me duermo, y la Sombra airada
grita: «Ni traes mi espada;
ni entre víctimas sin cuento,
me envias la deseada.»
—Ay! solo cuando respiro
en tu perfumado ambiente,
logro la calma á que aspiro;
y abiertos los cielos miro,
con tu sonrisa inocente.

CATAL. Piensas tú que satisface
á tu padre la matanza
que yermos sus campos hace?
—Para el que en la tumba yace
inútil es la venganza.
Deja á los muertos dormir
en su pavorosa calma;
que allá, en el alto zafir,
no debe la voz oir
de las pasiones, el alma.

FELIPE. Sin duda asi debe ser
cuando lo dice tu labio.
Mas sangre no ha de verter
mi acero; que ya el agravio
se debió satisfacer.

CATAL. Mariscal!

FELIPE. Dime si existe
en tu pecho aquel ardor,
la fé que me prometiste.
CATAL. Entera la fé subsiste...
no tan entero mi amor.
FELIPE. Acaso de mí olvidada?..
CATAL. (*Dándole una carta.*)
Mira si de tí me olvido.
FELIPE. Me escribias, prenda amada!
CATAL. Deja en reposo tu espada:
treguas á tus odios pido.
FELIPE. (*Pasando la vista por la carta.*)
Tú, por ellos resentida...
me recuerdas que tu mano
á mi amor, está ofrecida.
Y hoy mismo!..—Temor insano!
Tuyo soy, bien de mi vida!
CATAL. Tuya. (*Dándole la mano.*)

ESCENA XII.

EL CONDE, DICHOS.

CONDE. (*Desde el fondo.*)
Aprovechas bien, desde que falto,
los momentos, Beltran.
CATAL. Mi padre!
FELIPE. (*Embozándose.*) El Conde!
CONDE. Estraño por demas el sobresalto.
Pero no; no es Beltran... su faz esconde!
(*A su hija.*)
Y tú en sus brazos!—Ah! Siempre encubierto
pensais permanecer?
FELIPE. No, no por cierto.
CONDE. ¿Temeis...
FELIPE. (*Descubriéndose.*)
Que mi presencia aqui os asombre.
CONDE. Felipe de Navarra!
FELIPE. Ese es mi nombre.
CONDE. Desvanecido con el triunfo, vienes
mis canas á insultar?—Aqui las tienes.
(*Echa mano á la espada.*)

FELIPE. Las iras deponed.

CONDE. Si, que en mi mano
te tengo al fin.—No sabes que un tesoro
por tu vida ofrecí?

FELIPE. Sé que es en vano
en Navarra buscar traicion por oro.
La deshonra quereis, por mil florines,
de esta gente comprar?—No son tan ruines.
Hace un siglo que blande con asombro
civil discordia su encendida tea;
cubierto de cadáveres y escombro,
el rojo campo con terror humea.
La pica que el mancebo lleva al hombro
fué del anciano muerto en la pelea.
Hereda el hijo el odio y la venganza,
y al nieto legará su odio y su lanza.
Desgarrado el pais por el encono,
y á los gritos de escándalo desierto,
en el horror oscurecido el trono,
de pompa un dia y esplendor cubierto:
muerte sin gloria, crimen sin abono,
sempiterno vaiven del hado incierto;
peste, desolacion, miseria y luto,
tal es, señor, de la discordia el fruto!

CONDE. Bien... (Capitulará.)

FELIPE. Ya que fortuna
sus dones derramó sobre mi bando,
y las plazas y villas una á una
del vuestro á mi poder fué trasladando,
no es cobarde mi voz, no es importuna,
si con la paz eterna convidando,
pretendo en solo un dia devolveros
las conquistas, señor, de años enteros.

CATAL. Bien lo decia yo!

CONDE. No es honor mio
admitir esa dádiva: es mancilla.
Medios me sobran y constancia y brio
para abatir mañana al que hoy me humilla.
Un monarca de grande poderio,
Fernando de Aragon y de Castilla,
es mi cuñado, y si me dá su tropa,
qé hará Navarra, cuando tiembla Europa?

FELIPE. No soy tan generoso como piensa
vuestra noble altivez, ilustre conde.
(*Señalando á Catalina.*)
Una prenda os exijo en recompensa,
muy mayor que á mi don le corresponde.
CONDE. Mi hija?
FELIPE. Conozco su valía inmensa...
CONDE. Te ama?
FELIPE. Mirad que de rubor se esconde.
(*Tomando á Catalina de la mano.*)
CONDE. Qué hacer ya? Por su honor y su reposo,
tú debes ser de Catalina esposo.
CATAL. Padre!...
(*Echándose á sus pies. D. Felipe va á hacer lo mismo y se detiene.*)
FELIPE. Una condicion. Para que dure
el vínculo de amor eterno y fuerte,
quiero que vuestro labio me asegure
que á mi padre infeliz no disteis muerte.
CONDE. Quien supone?...
FELIPE. No falta quien murmure
del conde de Lerin.
CATAL. Gran Dios!
CONDE. Advierte
que es el vulgo locuaz, amen de necio:
sus hablillas merecen el desprecio.
FELIPE. Asi lo diré yo, si vuestra boca
mi acongojado espíritu sosiega.
CONDE. (A mentir, vive Dios, él me provoca.)
Halléme de Pamplona en la refriega?
FELIPE. Cierto.
CONDE. (No mentiré.) Tu padre al filo
no murió de mi espada.—Estás tranquilo.
FELIPE. (*Abrazando al Conde.*)
Respiro al fin.
CONDE. Respiras? Que me place.
Mas una condicion he consentido,
y otra pongo tambien á vuestro enlace.
FELIPE. Cuál es?
CONDE. No os asusteis.—Un plazo os pido.
FELIPE. (*Turbado.*) Lo presumia!—Conde, se deshace
la boda si le otorgo.—Soy perdido.

CATAL. Por qué?
CONDE. (Sospechará?..)
FELIPE. La dicha mia
no dilateis, señor, un solo dia.
CATAL. Por qué tal prisa?
FELIPE. Perdonad que crea
que si un ángel se afana por mi suerte;
sea superstícion, prodigio sea,
me persigue otro ser no menos fuerte.
Quise dos veces encender la tea
del himeneo...
CATAL. Tú?
FELIPE. (*A Catalina.*) Sin conocerte;
y dos veces la sombra que me amaga
al pie del mismo altar la antorcha apaga.
CONDE. (Será una misma?... Sí, la Penitente...
A toda costa recobrar la espada
debo.)
FELIPE. Demora el pecho no consiente.
CONDE. Demora! Y te imaginas que me agrada?
No será largo el plazo.—Ya se siente
el albor de la paz.—Navarra entera
con los brazos abiertos nos espera.
(*Vánse el Conde y Catalina. D. Felipe se dispone á seguirlos.*)

ESCENA XIII.

PABLO, D. FELIPE.

PABLO. (*Sale por el bosque y se interpone, cogiendo del brazo á D. Felipe.*)
Aunque se cierren los brazos
de Navarra...
FELIPE. Eh! despejad.
PABLO. Concluyo.—Ni os casareis,
ni se firmará la paz.
—Sois muy viejo, don Felipe,
para niñas de esa edad.
Muy viejo...—No hay que alterarse.—
Veinte años hace que andais
en ances de amor...

FELIPE. Despacio
la cuenta hicisteis.
PABLO. Cabal;
y á recordárosla vengo,
porque os pudiera importar.
FELIPE. ¿A recordarme...
PAELO. El primer
lance... tuvo mucha sal.
Un labrador y una niña,
hija suya—una beldad.—
En una ausencia del padre,
un sempiterno rondar;
unos suspiros al alma;
una promesa nupcial;
un alcázar solitario,
y despues... voto va San!...
se os olvidó la promesa.
Fué chistosísimo.
FELIPE. Hay mas?
PABLO. No ha de haber? Despues dos veces
quisisteis matrimoniar.
Dos veces!.. Y hay quien os llame
corazon de pedernal!
Malogradas las dos bodas
por arte de Satanás,
tratais la tercera.
FELIPE. Y esa...
PABLO. Tambien se malogrará.
FELIPE. Por quién?
PABLO. Por arte del diablo.
FELIPE. De una mujer?
PABLO. Es igual.
FELIPE. De cuál de ellas? (*Asiéndole.*)
PABLO. Aspacito,
no me hagais desembuchar
donde lo sepa la novia,
lo que la oculta el galan.
FELIPE. Piensas, vive Dios, que yo
temo á charlatanes?
PABLO. Bah!
Un hombre... con hijos!...
(*Se aprovecha de la sorpresa de D. Felipe*

para desasirse.)

FELIPE. Sabes?...

PABLO. Lo del hijo?—Otro que tal.

FELIPE. Murió.

PABLO. No su madre.

FELIPE. Elvira!

PABLO. Elvira! Caísteis ya?
La del solitario alcázar,
la que supisteis burlar
con tal destreza...

FELIPE. Salió
peregrinando años ha:
corrió por cierta su muerte...
la lloré...

PABLO. Luego dirán
que sois un tigre!—Yo sé
quien nuevas os puede dar
de hijo y madre...—Teneis prisa?
(*Con sorna.*) Idos, que os aguardarán.

FELIPE. Pero...

PABLO. Les digo que esperen?

FELIPE. Basta, que apurando vas
mi paciencia. Jugador,
que por ajeno caudal
asi arriesgas tu cabeza...

PABLO. Es que juego á lo truhan.
«Bien sabedes vos, señora,
que soy cazador real:
caza que tengo en la mano
nunca la puedo dejar.»
Sabeis el romance?

FELIPE. Dices...

PABLO. Que si quereis oir mas,
á ver á la Penitente
sin falta hoy mismo vayais.

FELIPE. Nunca me acerqué á su ermita.

PABLO. Nunca? De miedo quizá?

FELIPE. Yo miedo!... Y querrá decirme?...

PABLO. Cuanto os puede interesar.

FELIPE. Bien, iré: pero te juro...

PABLO. Idos, que aguardando estan.

ESCENA XIV.

PABLO, *luego* BELTRAN.

PABLO. Nunca fuí provocador;
pero es gustazo estupendo
por lo que voy conociendo...
(*Aparece Beltran por el fondo.*)
—Beltran!—Esto es lo mejor.
(*Retírase Pablo á un lado.*)
BELTRAN. Juntos van: ya la traicion
se ha consumado en mi daño.
A mi amor tal desengaño!
Tal golpe á mi corazon!
Juntos! El uno me ofende,
porque mi altivez humilla:
el otro de mi sencilla
fé se ha burlado, y me vende!
Basta ya, conde traidor:
tengo poder, segun fuero,
de elegir, cual caballero,
á mi antojo otro señor.
No soy de afrentas testigo;
abandono esta comarca;
con mi gente iré al monarca...
PABLO. (*Tocándole en el hombro.*)
No, señor, vendreis conmigo.
BELTRAN. Villano!
PABLO. No se me enoje.
BELTRAN. Dónde llevarme quereis?
PABLO. Donde conseguir podreis
todo cuanto se os antoje.
BELTRAN. Venis en hora menguada
si os burlais.
PABLO. De ningun modo.
BELTRAN. Con que vos lo podeis todo?
PABLO. Yo... pobre de mí! Yo, nada.
BELTRAN. Hacerte caso es quimera.
PABLO. No perdamos tiempo aqui:
venid, fiaos de mí.
BELTRAN. Y quién sois vos?

PABLO. Un cualquiera.
BELTRAN. Sandeces no sufro, no,
señor necio, impertinente,
y quizá por bien no cuente...
PABLO. Vos perdierais mas que yo.
No desdeñeis mi servicio:
mirad que estais afrentado.
BELTRAN. Ah! Sabeis lo que ha pasado?
PABLO. Saberlo todo es mi oficio.
BELTRAN. Y sabeis que al mariscal
el Conde ha dado los brazos?
PABLO. Sé que de tan tiernos lazos
podeis hacer un dogal.
BELTRAN. Lo adivino; en buena ley
he de encontrar la venganza.
Iré al rey, y...
PABLO. En confianza:
no espereis nada del rey.
Si ellos se avienen, las ascuas
sacará con mano ajena;
si hoy á los jefes condena,
los perdona, y... santas pascuas!
BELTRAN. Y de crímenes tamaños
el perdon alcanzarán?
PABLO. Bien se vé, señor Beltran,
que teneis muy pocos años.
A gente grande y proterva
—es antigua la noticia—
los hombres no hacen justicia...
pero Dios se la reserva.
BELTRAN. Bien, basta: marcho contigo,
por mas que seas el diablo.
PABLO. Hombre soy, me llamo Pablo.
BELTRAN. Seas quien fueres, te sigo.
Tu edad, tu rostro te abona;
todo á tu poder concedo.
PABLO. Mal hecho: yo nada puedo.
BELTRAN. Pues quién es?
PABLO. Otra persona.
BELTRAN. Y ella me conoce?
PABLO. No:
creo que nunca os ha visto.

BELTRAN. Pues entonces, vive Cristo!
PABLO. Basta que os conozca yo.
BELTRAN. Pero sabe que se abrasa
por Catalina mi pecho?
PABLO. No, pero si andais derecho,
con ella apuesto que os casa.
BELTRAN. Pero, cómo un matrimonio
estorba, y otro protege?
PABLO. Anda aqui un tejemaneje,
que no lo entiende el demonio. (*Vánse.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Pais montañoso. Al fondo colinas practicables. A la derecha del espectador un bosque. A la izquierda, en primer término, la ermita de la Penitente, desde la cual avanza, ocupando la tercera parte del escenario, un cobertizo: en segundo término bosque. El cobertizo tiene á la derecha puerta al campo y otras dos á la izquierda. La mas próxima al proscenio conduce á la habitacion de la Penitente; la de mas allá, á la ermita. Dos bancos de madera tosca Ni imágenes, ni signos religiosos.

ESCENA PRIMERA.

PABLO *y* BELTRAN, *que bajan por la montaña.*

BELTRAN. Ese es vuestro domicilio?
Trazas tiene de una ermita.
PABLO. Aqui la mujer habita
que nos ha de dar auxilio.
BELTRAN. En tan áspera montaña!
—Mas si la fama no miente,
debe aqui la penitente
vivir.
PABLO. Esta es su cabaña.

BELTRAN. Con que la santa mujer
me toma bajo su amparo?

PABLO. La santa.

BELTRAN. En nada reparo;
seguro estoy de vencer.
Hubiéraislo, voto á brios,
dicho asi por la mañana.

PABLO. Hubierais mi frente cana
desdeñado menos vos.

BELTRAN. Su criado por ventura
sois?

PABLO. No gasta rodrigones
quien come con oraciones,
y duerme en la tierra dura.

BELTRAN. Y vengo en cosas de amor
á tratar con una santa!...

PABLO. Ella de nada se espanta.

BELTRAN. Vamos... me causa rubor.
Y eso que el pesar me agovia.
Mi rival afortunado...

PABLO. Lo que es hoy, se le ha escapado
de entre las manos la novia.

BELTRAN. De Baigorri huyó á Tafalla:
corriente.—Mas volverá
mañana y se casará.

PABLO. Eso... la historia lo calla.

BELTRAN. Qué decis? Poder tan grande
trueca mi negra fortuna.
Si lo teneis, que ninguna
contemplacion os ablande.

PABLO. (*Sonriendo.*) Oh! descuidad.

BELTRAN. Los villanos
juegan con mi corazon...

PABLO. Diversion por diversion.
Jugaremos con sus manos.

BELTRAN. Cómo?...

PABLO. Capitan, van juntas
vuestra venganza y la mia.
—Y basta; que todo el dia
me estais moliendo á preguntas.
—Teneis de vuestra mesnada
dispuesta á todo la gente?

BELTRAN. Ahí está la mas valiente
aguardando en la emboscada.
Gentes que lidian por vicio:
hablar de paz les aterra.
PABLO. Si se concluye la guerra,
se les acaba el oficio.
—Aqui vendrán esta tarde,
por su lado cada cual,
el conde y el mariscal:
si fuego en tus venas arde,
si anhelas pronta venganza,
cuando oigas en estos cerros
silvar, desata tus perros
y sobre entrambos te lanza.
BELTRAN. Contra dos, veinte soldados!...
PABLO. (Qué escrúpulos!) Todavia
uno de otro no se fia.
Vendrán con gente y armados.
BELTRAN. Armado saldré tambien.
Es un ardid permitido.
PABLO. Con que, si oyes un silvido...
BELTRAN. Salgo á su encuentro: está bien.
Mas antes hablar espero...
PABLO. A quién?...
BELTRAN. A la Penitente.
PABLO. Me parece mas prudente
prepararla yo primero.
BELTRAN. Respondeis de que proteja?...
PABLO. Nuestro plan; vuestro cariño.
Idos.
BELTRAN. Adios!
PABLO. (Es un niño.
Ah! qué bien se le maneja.)
(*Váse Beltran por la montaña.*)

ESCENA II.

ELVIRA, PABLO.

(*Pablo llama respetuosamente á la puerta del cobertizo.*)

PABLO. Penitente?

ELVIRA. (*Saliendo.*) Quién me llama?
—Señor, mucho habeis tardado.
—Cómo venis?

PABLO. Muy alegre:
mas que nunca.

ELVIRA. (*Mirándole.*) No.—Sentaos.

PABLO. (*Sentándose.*)
Tú tambien. No estás cansada?

ELVIRA. Yo!

PABLO. Te has perdido un buen rato.

ELVIRA. Movida de caridad...
al ver el terrible bando...

PABLO. Ya; de caridad. Y al fin,
no tropiezas con ingratos.
Felipe te galardona...

ELVIRA. Mi galardon... aqui lo hallo.
(*Señalando el corazon.*)
No conoce el mariscal
esa bienhechora mano
que, en invisible rocio,
dichas le está derramando.
Ni le importunan mis quejas,
ni le molesta mi llanto.
Asi me olvidó: tambien
asi conseguí olvidarlo.

PABLO. (*Sonriéndose.*) Tú!

ELVIRA. Lo recuerdo tan solo
si se lanza temerario
á los peligros; le olvido,
cuando el peligro ha pasado.

PABLO. Finezas de enamorada!
(*Con sinceridad.*) Me gustan.

ELVIRA. (*Con rubor.*) Señor... dejaos...
Ya de mi loca pasion
los vestigios se han borrado.
No en balde lo pido al cielo;
no en balde pasan los años.
Por eso, padre, quisiera
una gracia suplicaros...

PABLO. Dia es hoy de gracias.—Sigue.

ELVIRA. Hénos aqui sepultados
en la soledad: yo el fuego

de antiguo amor apagando,
y vos atizando siempre
la yerta ceniza en vano.

PABLO. (*Se levanta.*) Ha de alumbrar mi venganza
llama que alumbró mi agravio.

ELVIRA. Yo, protegiendo á Felipe
y vos mi nombre invocando
para malograr sus bodas...

PABLO. Para impedir atentados
á tu honor, al de tu padre.
Ni ¿qué ha de hacer un villano,
un triste pechero en contra
del ofensor encumbrado,
que miedo infunde á monarcas
y terror á los vasallos?
Qué puede hacer, si á la sombra
no se acoge de tu manto,
para evitar los ultrajes?...

ELVIRA. Resignarse y perdonarlos.
Basta de lucha.

PABLO. Te cansas?

ELVIRA. De la esperanza me canso.
La coraza de los votos
en el sepulcro del claustro
dejadme ceñir; mi pecho
ha menester su resguardo.

PABLO. (*Sonriendo.*) Parece que la ceniza
tiene rescoldo guardado
para nuevo incendio.

ELVIRA. (*Echándose á sus pies*) Padre!

PABLO. La santa á mis pies!...—Alzaos.

ELVIRA. Un convento.

PABLO. Y es famosa
la ocasion! Al fin y al cabo,
lavó Felipe la mancha
que en mi hogar ha salpicado,
negra, horrible: al fin me vuelve
fragante, puro y lozano,
el capullo que en mi huerto
cuidé para mi regalo:
al fin su promesa cumple...

ELVIRA. Él es casi un soberano;

ni comprende nuestras quejas,
ni sospecha nuestro agravio.
Y luego... como dos veces
sus bodas le malogramos,
no se atreve de hoy en mas
á disponer...

PABLO. (*Interrumpiéndola.*) Eso es claro!
De hoy en mas?... Vive tranquila.
Tu amante es algo voltario;
pero, de hoy en mas...

ELVIRA. (*Con inquietud.*) Qué pasa?

PABLO. Faltarse puede á villanos
sin mengua. Tenémos honra?
Nevadas canas peinamos?

ELVIRA. Qué sucede?

PABLO. Ogaño, Elvira,
es ya diferente el caso.
Palabras de matrimonio,
que al traste dieron antaño
con la virtud de una niña,
de quince abriles escasos;
hoy del labrador Juan Perez
á la hija no se han dado...

ELVIRA. ¿Pues qué...

PABLO. Se dan á una dama...

ELVIRA. Otra vez!

PABLO. Florido vástago
de noble tronco.

ELVIRA. Dios mio!

PABLO. (*Sin oirla.*) Y con generoso y franco
acento se reiteran
delante de un padre hidalgo;
mas que hidalgo, caballero:
mas que caballero, hermano
de monarcas, descendiente
de uno de tantos bastardos
de nuestros reyes, caudillo...

ELVIRA. Basta.

PABLO. Caudillo del bando
beamontés, y al magnate
se le cumple lo jurado!

ELVIRA. A su enemigo!

PABLO. Qué importa?
Amor suele hacer milagros
que no hace la penitente,
(*Con sarcasmo.*)
á quien cuelga el vulgo tantos.
ELVIRA. Y por qué me lo decis?
PABLO. Para dejarte probado
que de hoy en mas, don Felipe
no dispondrá de su mano!
ELVIRA. Disponga en buen hora. Está
mi espíritu fatigado
de tanto luchar. Dios manda
que beba el cáliz amargo,
y hasta las heces apuro.
—Lo veis?—Tranquila he quedado.
PABLO. Tú tranquila, satisfecho
yo, qué mas necesitamos?
Tornemos al pueblo, Elvira,
que nos cree en reinos extraños,
ó muertos.—Quizá responsos
alguien nos haya rezado.—
Viviremos en la aldea.
Tú, la azucena del campo,
inmaculada, fragante:
yo, Juan Perez, el honrado
labrador; siempre querido
por lo afable de su trato;
respetado, aunque plebeyo;
ni engañador, ni engañado.
Fundaba en esto mi orgullo,
y hoy puedo tambien fundarlo.
¿No es verdad, blanca azucena,
que el reptil no se ha posado,
ni en tu dorada corona,
ni en tus capullos nevados?
(*Casi con lágrimas.*)
¿No es verdad, Elvira mia,
que á mí nadie me ha burlado?
ELVIRA. Dios lo quiere, Dios lo manda.
Suframos, señor, suframos.
PABLO. Si con sufrir se lavara
tu afrenta!

ELVIRA. La borra el llanto
de vivo arrepentimiento.
PABLO. Allá arriba, no aqui abajo.
Lágrimas, ay! satisfacen
al cielo; el mundo tirano
exige mas: al amante
verle quiere desposado
contigo.
ELVIRA. Imposible!
PABLO. Entonces...
muerto le quiere á mis manos!
ELVIRA. Un crimen!
PABLO. Ley del honor:
satisfechos, ó vengados.
ELVIRA. Ley de Dios: el mal perdona;
llora y expia el pecado.
PABLO. Me abandonas?
ELVIRA. Padre mio!
PABLO. Sí; tú me abandonas, cuando
te necesito. A vengarme
bastaba solo mi brazo;
pero quiero mas: respete
Felipe derechos santos
de una promesa: su amor,
no su libertad combato.
ELVIRA. (*Turbada.*) Móvil amor de esa boda?
No: será razon de Estado...
cual antes fué.
PABLO. (Todavia
le ama.—Bien.) Amor volcánico,
y avasallador...
ELVIRA. Y á mí
qué me importa, bien mirado?
—Y ella... le quiere?
PABLO. Le adora.
ELVIRA. Que le adora!...—Nunca tanto
como yo le quise!—Es jóven?
PABLO. Y hermosa.
ELVIRA. Breve reinado
goza la hermosura!—Y buena?
PABLO. Ese es su mayor encanto!...
ELVIRA. Mal haya la que lo pierde

para verse luego!..—Y cuándo
son los desposorios?

PABLO. Nunca,
si tú quieres malograrlos.

ELVIRA. La espada que ayer trajísteis....

PABLO. Servirá para vengarnos.
Si falla el terrible acero;
cien otros hay preparados.

ELVIRA. No: la venganza es un crimen.

PABLO. No el reclamar esa mano,
que es tuya.

ELVIRA. Mia!
(*Sonriéndose tristemente.*)

PABLO. En qué piensas?

ELVIRA. Es de la de pecho cándido,
de la hermosa, de la niña,
de la de timbres dorados.

PABLO. Dónde vas?

ELVIRA. Yo no sé dónde.
Llevo el pecho destrozado.

PABLO. Huyes?...

ELVIRA. Huyo de mí misma.
Padre mio, ha muchos años
que no he visto al mariscal:
me ha ofendido—me ha olvidado—
y amarle temo.—Mentira!
no le quiero, le... idolatro!
(*Váse por la puerta segunda.*)

ESCENA III.

PABLO.

Infeliz!... (*Conteniendo su ternura.*)
—Oh! las mujeres
son asi. Ni mi quebranto
la conmueve, ni la punzan
aguijones del sarcasmo.
Los celos tan solo han hecho
hervir el sereno lago
de su corazon.—«La adora:
es bella.»—De todo el diálogo

no recuerda mas razones.
Me lo habia figurado.
Oh! cuánta palabra inútil!
Por eso á Felipe traigo...
(*Observando por la puerta de la izquierda*)
—Suena el ramaje del bosque...
(*Saliendo al campo.*)
Atando estan los caballos...
Se adelanta un caballero...
Él es!—Nos hemos salvado.
(*Entra al cobertizo, cierra la puerta que da al campo, y se va por la puerta primera de la izquierda.*)

ESCENA IV.

ELVIRA, *en el cobertizo.*

(*Saliendo por la puerta segunda de la izquierda.*)
Pobre y flaca debo ser
cuando esta pasion me abate,
y en tanto año de combate
aun no la puedo vencer.
Que yo los pueblos asombre!
Que las gentes me consulten,
y nada en mi albergue oculten!
Cuán miserable es el hombre!
—Perdon, Dios mio, perdon
porque tu sierva te ultraja,
poniendo en cosa tan baja
los ojos del corazon.

ESCENA V.

D FELIPE, ELVIRA.

(*Sale D. Felipe por la parte del bosque y se dirige á la puerta del cobertizo.*)
FELIPE. *Deo gratias.*
ELVIRA. Viene gente.
(*Contestando.*)

Para siempre.—Me echo el manto. (*Cúbrese.*)

FELIPE. (*Impaciente.*)Abrid.—No sé cómo aguanto...
Vive aqui la penitente?

ELVIRA. (*Abriendo.*) Yo soy.

FELIPE. (*Entrando en el cobertizo.*)
Bien.

ELVIRA. Qué me quereis?
(*El Mariscal ha de mostrarse al principio de esta escena incrédulo, burlon y brusco, para disimular cierto involuntario respeto de que se avergüenza.*)

FELIPE. Sé yo mismo lo que quiero?
—Vengo... Francamente, espero
que vos lo adivinareis.
No haceis milagros?

ELVIRA. (*Con sinceridad.*) Yo soy
una pobre pecadora
que sus culpas aqui llora.
(*Con dignidad.*)
Si de ello os burlais, me voy.

FELIPE. Yo burlarme! .. Pues me gusta.
Me vendria acaso mal
que hicieseis por mí tal cual
prodigio?...

ELVIRA. (Este hombre me asusta.)

FELIPE. Veamos: quién soy?

ELVIRA. (Desgarra
mis entrañas con su acento.)
—Os pareceis en lo atento
al mariscal de Navarra.

FELIPE. Hola! Sabíais mi nombre
sin alzar yo la rejilla
del yelmo?—No es maravilla
que vuestro poder asombre.

ELVIRA. En bodas esta mañana
tratado habeis.

FELIPE. (*Alza la visera.*) Si, por Dios!

ELVIRA. Y antes dos veces...

FELIPE. Si, dos...
salió mi esperanza vana.
Mas hoy por todo atropello.

ELVIRA. De qué nace tal ahinco?

FELIPE. Como tres y dos son cinco,
me caso.—Me empeño en ello.

ELVIRA. *(Con voz trémula.)*
Y si me opusiera yo,
no sospechais que pudiera
tener motivo?

FELIPE. Cualquiera
que sea, explicadlo.

ELVIRA. No.
Si vuestra conciencia es muda
cuando ofrezcais esa mano,
cuanto os diga será en vano.

FELIPE. *(Disimulando la impresion de estas palabras con una risotada.)*
Bah!... bah!... No hay duda, no hay duda.
—Con el viejo estais de acuerdo.
El milagro... ó brujeria
que há poco no comprendia,
ya está claro. Fuí muy lerdo.
—Saberlo no me incomoda:
los enemigos de frente.
Con que es hoy la penitente
quien va á combatir mi boda?
Por dos veces me ha vencido,
lo confieso sin rebozo,
poder oculto, á quien mozo
debo gustar, no marido.
Bodas por razon de estado,
no lloré al verlas deshechas.
(Con sentimiento.)
Hoy no es asi, que las flechas
del amor me han traspasado.

ELVIRA. No es amor, es pertinacia.
—Viéndolo estoy.

FELIPE. *(Con fuego.)* Es pasion
que de séd el corazon
abrasa y nunca le sacia.
(Se detiene un momento y prosigue con mas suavidad.)
Al otoño de mi vida,
brilla el astro del amor,
con su fecundo calor

de primavera florida.
(*Con melancolia.*)
Es sin duda el sol postrero
que yo veo esplendoroso,
y parece tan hermoso
por eso, y tanto le quiero.

ELVIRA. (El corazon me destroza.)
Mucho amais.

FELIPE. Cual nunca amé!

ELVIRA. Con que lo pasado...

FELIPE. Fué
capricho de gente moza.

ELVIRA. (No tiene entrañas!...) Qué os hizo,
qué, mas que otras esa dama?
Es mas bella? Mas os ama?
Os ha dado algun hechizo?

FELIPE. Cándido lirio que al alba
desparce su rico olor,
de la peste del rencor
su pura esencia me salva.
Preciosa, nevada perla,
sepultada en negro mar,
tesoros tiene sin par
el que llega á poseerla.
Última tabla, á que asida
náufraga mi dicha va;
si se rompe, se hundirá,
con sus pedazos mi vida.

ELVIRA. Poned la mano en el pecho,
y decid si ese tesoro
mereceis.

FELIPE. No; mas la adoro,
me ama, y... estoy satisfecho.

ELVIRA. Y ella sabe por ventura
que el ruin licor que hoy la abrasa,
ha rebosado sin tasa
en copas de otra hermosura?

FELIPE. Yo no soy ningun mancebo,
ni el pecho tengo de roca.
(*Con desenfado.*) Con que adivinar le toca
lo que decirla no debo.

ELVIRA. Y adivinará tambien

que al jurar fé vuestro labio,
haceis al honor agravio
de otra mujer?..

FELIPE. (*Sorprendido.*) Ah! De quién?

ELVIRA. Que al tomar tu mano impia,
puede la losa romper
del sepulcro una mujer,
y gritar:—«Atrás!—Es mia!» (*Descúbrese.*)

FELIPE. Es ella!... Es Elvira!—Cielos!

ELVIRA. Yo.—Te perdono veinte años
de oprobio, de desengaños:
no que me mates de celos.

FELIPE. (*Compadecido.*)
Infeliz!...

ELVIRA. (*Con amargura.*) Mira mi frente!
Cuán poco se nota en ella
de los pesares la huella!
Mírala tersa y luciente.
Mira mi pecho... ni un crimen
hoy mis recuerdos devoran.
Mis ojos, que nunca lloran,
mis labios, que nunca gimen:
mi semblante, que recobra
su primitiva frescura...
Míralos!... Tanta ventura,
buen mariscal, es tu obra.

FELIPE. Y bien: pretendes acaso?...

ELVIRA. Salvarte.

FELIPE. A mí?

ELVIRA. De tí mismo.
—A tus pies se abre un abismo,
si te casas.

FELIPE. (*Despues de haber luchado por algunos instantes con su conciencia.*)
Pues me caso.

ELVIRA. Te perdono mi desdoro,
hasta mis celos olvido;
solo que te salves pido,
solo por tu vida imploro.

FELIPE. De asesinarme se trata?
¿Asi estorbarme pretendes...

ELVIRA. (*Con amargura y abatimiento.*)

Gracias! (*Con dolor.*) Ay! Por qué me ofendes,
Felipe, cuando me matas?
—Adios!
(*Dirígese á la puerta primera de la derecha, y al abrirse aparece Pablo escuchando. Ciérrala de pronto y se vuelve con energia.*)
No, que á tu despecho
cual siempre he de ser tu escudo.
Si mi ruego nada pudo,
yo invocaré mi derecho.

FELIPE. Tus derechos? cuáles son?
Qué puedes tú reclamar?
Te has dejado arrebatar
el fruto de nuestra union.
Le diste ajeno regazo,
comprado cariño.

ELVIRA. No:
mi padre me lo exigió.

FELIPE. Al ir á dar un abrazo
al niño, por un saqueo
el pueblo encuentro asolado.
Clamando desesperado
busco al hijo, y... nada veo.
Entre escombros y ceniza
dos cadáveres se ostentan.
—«Este era el niño,» me cuentan:
«era estotra su nodriza.»—
Que amor pretendas me asombra
despues de pérdida tanta:
entre los dos se levanta,
madre infeliz, una sombra.

ELVIRA. Tu infamia escudas, impio,
con el dolor de una madre.
Ni merecias ser padre,
ni mereces ya ser mio.

FELIPE. Risa me da tu arrogancia.
Te conozco ya, y no temo.

ELVIRA. Basta, por Dios!... A qué extremo
he de llevar mi constancia?
—Vete, que aun no estoy vencida.
A vengarme la pasion

me incita: Dios al perdon.
—Yo velaré por tu vida.
—Hasta dónde seré fuerte,
lo ignoro.—Tanto vacilo,
que á veces... (*Reponiéndose.*)
Vete tranquilo,
y que jamás vuelva á verte.

FELIPE. (Si cierto lo que ha indicado
fuese... Qué alma tan sublime!)
Adios, Elvira!—Mas dime.

ELVIRA. (*Con toda energia.*)
Vete.
(*Sale D. Felipe al campo. Elvira vuelve lentamente la cabeza.*)
Se fué!... Me he salvado.
(*Vàse por la puerta primera de la izquierda.*)

ESCENA VII.

PABLO, D. FELIPE.

FELIPE. (*En el campo: se queda un momento pensativo antes de marcharse.*)
Si no amase á Catalina
con tan extraña pasion!

PABLO. (*Saliendo detrás de la ermita.*)
Capaz todavia fuerais
de ser un buen cumplidor
de promesas.

FELIPE. Con villanos
se obligan gentes de pro?

PABLO. Ah! Perdonad si os creí
mas bueno de lo que sois.
Con que no reconoceis
legítima obligacion
la de reparar agravios
da un oscuro labrador?

FELIPE. Eres tú?

PABLO. Mucho me alegro:
igual pago os daré á vos.
Podré asi llevar la espada...

FELIPE. Una espada!

PABLO. Al cambiador,

que bien me dará por ella
quizás un florin ó dos.

FELIPE. Embustes nuevos.

PABLO. Al conde
se la llevaré sinó.

FELIPE. Será?...

PABLO. Tiene un mote.

FELIPE. Y dice?...

PABLO. «Navarra por Agramont.»

FELIPE. (*Turbado.*) Y escudo?

PABLO. A fuer de villano,
poco entiendo de blason.
(*Con sorna.*) Hay cadenas, dos leones...

FELIPE. Mis armas!

PABLO. Idos con Dios:
con quien promete y no cumple
nunca en tratos ando yo. (*Hace que se va.*)

FELIPE. Detente.—Esa espada: pronto!

PABLO. Para qué, si embustes son?

FELIPE. Esa espada, ó de un mandoble...

PABLO. Torpe fuerais, mas que atroz,
en sellar labios que pueden,
acerca de ese espadon,
contaros ciertas historias
que nadie sabe mejor.

FELIPE. De mi padre?

PABLO. (*Con afectada ignorancia.*) Padre vuestro
era el que murió á traicion?...

FELIPE. A traicion?

PABLO. Allá en Pamplona?

FELIPE. Él su espada me legó!

PABLO. Y en su espada hay un secreto.

FELIPE. Que nadie...

PABLO. Teneis razon.
Que abrir nadie sabe. Alguno
vanamente lo intentó.
Un cierto conde, á quien padre
vais á llamar.

FELIPE. Impostor;
que con la espada del conde
muerto mi padre cayó
quieres decir? Sella el labio.

Hoy don Luis de Beaumont
juró lo opuesto, y no miente.

PABLO. El conde asi lo juró?

FELIPE. Asi.

PABLO. Pues juró verdad.

FELIPE. Respiro.

PABLO. Su matador
él no fué.

FELIPE. Gracias, Dios mio!
Se ensancha el pecho á tu voz.
—Perdona, anciano: no sabes
que peso del corazon
me quitas. Aunque don Luis
formalmente declaró...
como tiene... asi... tal fama...
de...

PABLO. (*Con ironia.*) De simple y bonachon.

FELIPE. Cuéntame qué mano aleve
de mi padre me privó:
quién es el hombre que busco,
como á la garza el halcon;
por cuya sangre, torrentes
mi cruda mano vertió.

PABLO. Toda inútil.

FELIPE. Pues qué, vive...
vive aun?

PABLO. Vive el traidor.

FELIPE. (*Con mirada de tigre.*)
Donde está? Por esa espada,
por esa revelacion,
tesoros, castillos, todo...

PABLO. Todo?

FELIPE. Respeta mi amor.

PABLO. Soy algo mas generoso
y solo os pido... atencion.
Por la guarnicion del conde
llamado, en Pamplona entró
vuestro padre: amigos brazos
pensaba encontrar, y en son
de amistad, entre tinieblas
salió un hombre y le abrazó.
Sujeto asi, llega... un *quidam*;

saca un puñal, y...

FELIPE. Qué horror!
Di su nombre.

PABLO. (*Con desden.*) Qué os importa?
Ese del puñal murió.
Dióle á poco el del abrazo
cierto sabroso licor:
y antes de espirar, sus culpas
el triste me confesó.

FELIPE. Pero el del abrazo, el hombre
de entrambas muertes autor?..

PABLO. Ya observarás que su acero
contra tu padre no usó.
Decirlo puede á la letra
sin mentir.

FELIPE. Ah!

PABLO. Si, señor:
no dió muerte, la dispuso:
no usó el arma, le amarró,
para que el vil asesino
le clavara sin temor.

FELIPE. Conde infame!—Pero tú
me engañas: viéndolo estoy.
Eres el padre de Elvira...
te gozas en mi afliccion.

PABLO. Y que es engaño dirás
si el nombre del matador,
vieres con sangre trazado
de la víctima?

FELIPE. (*Abismado*) Ah! perdon!
—Dame ese papel.

PABLO. Tu padre
que para tí lo escribió,
en el secreto lo puso
de la espada.

FELIPE. Sí: la voz
de un padre clama venganza!
—Ese acero!

PABLO. Por él voy.
(*Entra Pablo en el cobertizo y llama á la de la habitacion de la Penitente.*)

FELIPE. Catalina... Qué ansiedad!

Basta: buen hijo he de ser.

ESCENA VIII.

ELVIRA, PABLO, D. FELIPE.

PABLO. (*En el cobertizo á Elvira.*)
La espada?
ELVIRA. (*Asustada.*) Qué vais á hacer?
PABLO. Presto, la espada.
ELVIRA. Aguardad.
PABLO. Le imitaré en lo cruel,
ya que el amor no le ablanda.
ELVIRA. (Antes me salvé: Dios manda
que tambien le salve á él.)
(*Desaparece Elvira.*)
PABLO. Estaba escrito: sangrienta
debe ser la conclusion.
ELVIRA. (*Sale con la espada en la mano y se la entrega á Pablo.*)
(Los dientes limé al leon.)
PABLO. Esta lavará mi afrenta.

ESCENA IX.

PABLO, DON FELIPE, *en el campo.*

PABLO. (*Saliendo al campo con la espada.*)
Aqui está.
FELIPE. (*Precipitándose sobre ella.*)
Padre adorado,
(*Cae de rodillas.*)
yo de hinojos te prometo.
vengarte...
PABLO. Pronto, el secreto!
FELIPE. (*Se levanta, toca un resorte y salta el pomo de la espada, dejando ver un hueco.*)
Nada!
PABLO. (*Aterrado.*) Nada!
FELIPE. Te has burlado!
PABLO. (*Paseándose agitado por la escena.*)
(No hay remedio: todo el mundo,
hasta el infierno conspira

contra mí.—Cabe mentira
en boca de un moribundo?
—Engañarme el del puñal,
escudero de Lerin!
—Loco me vuelvo—A qué fin?)

FELIPE. Astucias de una rival.
Intrigas tuyas son todas...

PABLO. Cuando la espada te vuelvo...

FELIPE. Solo por eso te absuelvo.
—Voy á preparar mis bodas.
(*Retírase Felipe hácia el bosque. Pablo le sigue, y al ver venir al conde le detiene.*)

PABLO. Ah! qué veo?—El del abrazo
tenia el acero oculto,
y ayer en cierto... tumulto
se lo quité.—Fué un bromazo.
Como de mas de un aprieto
le saca la penitente,
viene á buscar impaciente
la espada... y... lance completo
que la risa me provoca!
No será chistoso que él
lo que decia el papel
nos revele por su boca?

FELIPE. Y pretendes que te crea
despues que tanto has mentido?

PABLO. (*Asiéndole del brazo y llevándole al cobertizo.*)
Escuchad aqui escondido.
—Es última prueba.

FELIPE. Sea.
(*Se esconden en el oratorio.*)

ESCENA X.

EL CONDE, *y luego* ELVIRA.

CONDE. Hola?—Penitente? (*Llama.*)

ELVIRA. (*Abriendo.*) (Cielos!)
Qué me manda el señor Conde?

CONDE. La espada.

ELVIRA. Habreis revocado

aquellas sangrientas órdenes:
pues con los planes de boda,
se avienen mal los pregones.

CONDE. Éramos Felipe y yo
los únicos sabedores...
(*Con marcada intencion.*)
Y el novio no habrá venido,
con tantas ocupaciones,
ya que no como devoto,
á cazar por estos montes.
—Eh?

ELVIRA. (*Turbada.*) Pero...

CONDE. (A su rostro asoman
de vergüenza los colores...
Gentes son del mariscal
las que columbré en el bosque.)

ELVIRA. Con que venis?...

CONDE. (*Con voz mas alta que de ordinario y mirando alrededor.*)
Por la espada.
(*Indicando con la vista la puerta del oratorio.*)
(Aquella puerta movióse.)

ELVIRA. No es vuestra.

CONDE. Teneis razon:
era del marqués de Cortes,
padre del buen don Felipe...

ELVIRA. Yo no veo que os importe...

CONDE. Recobrarla?—Hoy mas que nunca.
(*Hace Elvira un gesto de sorpresa.*)
Lo vereis por mis razones.
—Cuando sorprendió el marqués
á Pamplona, mia entonces,
no estaba yo en la ciudad.

ELBIRA. No estábais!...—(Qué confusiones!)
—Y cómo el marqués murió?

CONDE. Cual debe morir un noble.
Peleando contra ciento
que como bravos leones
le cercaron.—Buena cuenta
de mis soldados mejores
dió su espada!—esa que busco.—

La noticia sorprendióme
en Lerin; salto del lecho:
me planto allí de un galope;
y al padre del mariscal
encuentro exánime.—El pobre
víctima fué de su arrojo.
Hícele grandes honores,
que al fin era deudo mio.

ELVIRA. (Si dirá verdad?)

CONDE. Y al borde
del sepulcro han de estrellarse
las olas de los rencores.

ELVIRA. Por qué guardabais la espada?

CONDE. (*Fingiendo entusiasmo.*)
Por qué? Dejad que me asombre
de tal pregunta!—A lo lejos
vislumbraba los fulgores
de este dia: allá entre sombras
ví al leon postrarse dócil
á las plantas de una niña;
y los rugidos feroces
como arrullos me sonaban
de sus futuros amores.
—«Permitan los cielos, dije,
que mis proyectos se logren,
y yo entregaré á Felipe
la espada.»

ESCENA XI.

DON FELIPE, ELVIRA, EL CONDE.

FELIPE. Ya es mia, Conde.
—Gracias! (*Le abraza.*)

CONDE. (*Fingiendo sorpresa.*) Aqui tú!—Señora,
vuestras piadosas triaciones
comprendo. Habeis acallado
de esta suerte los rumores
que la malicia del vulgo...

ELVIRA. (*Al conde con dignidad.*)
No me insulteis, si fuí torpe.
(*Váse Elvira á su habitacion.*)

ESCENA XII.

DON FELIPE, EL CONDE.

CONDE. Dudar pudiste de mí!
De mí!—Dios te lo perdone.
FELIPE. No abrigo el menor recelo...
CONDE. Y en premio de tu buen porte,
quiero que mañana mismo
os echen las bendiciones.
FELIPE. Mañana!
CONDE. Si.
FELIPE. Conde, os debo
el mayor de los favores.
CONDE. Otro abrazo, y vamos pronto,
que ya se acerca la noche.
(*Vánse por el bosque.*)

ESCENA XIII.

PABLO, *sale por detrás de la ermita.*

Miserable!—Qué esperanza
de ver mi honor satisfecho,
fundo en tan cobarde pecho?
—Hora es ya de la venganza!
—Doy la señal.
(*Hace sonar un silbato.*)

ESCENA XIV.

ELVIRA, PABLO.

ELVIRA. Qué habeis hecho?
PABLO. Se ha malogrado mi plan:
de nosotros se han burlado.
ELVIRA. Felipe ha sido engañado.
PABLO. Le defiendes?—Juntos van:
las bodas han concertado
para mañana.
ELVIRA. Mañana!

Mañana en brazos ajenos!...
—Padre, la virtud cristiana
tiene un linde.

PABLO. De los buenos
siempre la esperanza es vana.
—Veinte años tu desvario
lloras, y qué es de tu honor?

ELVIRA. No me hableis de honra, señor;
habladme de su desvio,
de mis celos, de su amor.
—Yo no sé qué furia siento...
Por qué le ví, desdichada?
Y su pasion tiene aliento
solo porque yo consiento...
(*De repente, como fuera de sí.*)
Venganza!
(*Suena ruido de espadas hácia el bosque.*)

PABLO. Ya estás vengada.
Veinte hombres en la vecina
montaña ocultos estan:
mándalos un capitan
amante de Catalina...

ELVIRA. Pero...

PABLO. Ellos nos vengarán.

ESCENA XVI.

D. FELIPE, BELTRAN, MESNADEROS, ELVIRA, PABLO.

(*Sale D. Felipe defendiéndose él solo de los mesnaderos, que le acorralan contra la ermita. Beltran procura en vano detenerlos. Pablo se interpone delante de Elvira, considerándola poco firme en su última resolucion.*)

FELIPE. Traicion!

BELTRAN. Yo basto no mas.

MESN. Muera! muera!

FELIPE. Infames lazos!

ELVIRA. Dejadme. (*A su padre.*)

PABLO Y MESN. Muera!

ELVIRA. (*Adelantándose con resolucion.*)

Jamás!
Primero me hareis pedazos.

PABLO. No.

ELVIRA. La penitente!—Atrás!
(Los mesnaderos caen de rodillas. Elvira coge del brazo al mariscal, y atraviesa por medio de los soldados, qne le abren paso respetuosamente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Pabellon del parque de Baigorri. Al frente una galeria de arcos góticos, por entre los cuales se ve el bosque, y en último término el castillo. Dos subidas á cada extremo de la galeria. Una puerta á la derecha, que se supone con salida al parque.

ESCENA PRIMERA.

MAYOR, ELVIRA, *tapada*, PABLO.

MAYOR. A las doce el casamiento.
PABLO. A las doce. Está muy bien.
MAYOR. No esperareis largo rato.
PABLO. En efecto, son las diez...
MAYOR. Qué prisas!... Hoy hijo y padre
los que enemigos ayer!...
—Con que decidido empeño
en ver la boda teneis?
Vaya, os pondré en la capilla.
PABLO. Cerca de los novios.
MAYOR. Pues!
La pretension general.
PABLO. El conde, ya lo sabeis,
os ha encomendado...
MAYOR. El conde

muy vuestro amigo ha de ser,
cuando dispone que solos
el pabellon ocupeis.
Verdad es que en el alcázar
no se cabe ni de pié.

PABLO. La ceremonia queremos
ver.

MAYOR. Curiosidad?

PABLO. Placer.
El rostro de Catalina
contemplar...

MAYOR. De un ángel es.

PABLO. Cuando el noble amante jure,
su mano estrechando fiel,
amarla por siempre; y ella,
con el vivo rosicler
del rubor...

ELVIRA. (Ah!)

PABLO. (*Dirigiéndose á Elvira.*)
Gozo inmenso!
Lástima privarnos de él!

MAYOR. Perded cuidado.—Mas nada
decis vos, buena mujer?

PABLO. Cansada viene.

MAYOR. (*Con curiosidad.*) Con este
calor, es cosa cruel
un manto.—Es casada?

PABLO. Viuda.

MAYOR. No la debierais traer
donde recuerde...

PABLO. Es su empeño.

MAYOR. Hijos, señora, teneis?

ELVIRA. En el cielo.

MAYOR. Yo lo mismo.
Digo... quisiera tambien
tenerle muerto.

ELVIRA. Señora!
Pena mayor puede haber
que perder un hijo?

MAYOR. Verle
deshonrado.

PABLO. (*A Elvira.*) Lo entendeis?

MAYOR. Unico amparo es el conde
de mi temprana viudez,
y ayer le picó traidora
la víbora que abrigué.
El hijo ingrato, su feudo,
con el conde fué á romper,
y ayer ¡qué afrenta! le ataca
con su mesnáda en tropel.
PABLO. Puede á fuer de caballero...
MAYOR. No de agradecido á fuer.
Hálitos tan desleales
empañan la brillantez
del nombre ilustre que lleva...
que lleva... no sé por qué.
Mal sufre los acicates
el indómito corcel...
de buena raza presume...
mas yo le refrenaré. (*Váse.*)

ESCENA II.

PABLO, ELVIRA.

PABLO. Y eso es madre? Tan severa
con tan bizarro doncel!
Ah! Si Beltran ha faltado,
quizá por primera vez,
pérfido en darle esperanzas
de amor, ha sido con él,
como con todos, el conde.
Culpe solo á su doblez.
Y con la falta primera,
quién no es indulgente, quién?
ELVIRA. Padre! (*Alzando el velo.*)
PABLO. Qué dices?
ELVIRA. Yo nada...
Sois vos...
PABLO. (*Con aspereza.*) Calla!
ELVIRA. Callaré.
PABLO. (Lo mismo que estoy haciendo,
me espanta en esa mujer!)

ESCENA III.

BELTRAN. DICHOS.

BELTRAN. Oculto en el bosque, he visto
á mi madre entrar.
PABLO. Se fué.
BELTRAN. Pablo!—Señora!—Aqui vos!
PABLO. Testigo ha sido el verjel
de nuestra comun afrenta:
para gozarnos los tres
en la infamia, no podemos
sitio mejor escoger.
BELTRAN. Callad: de mayor oprobio
testigo la ermita fué.
Con mi mesnada á dos hombres
vióme anoche arremeter.
Conocí mi error á tiempo,
y al conde anciano salvé:
gracias que la penitente
sirvió al otro de broquel;
que sinó, de mi honra en mengua
pudiera el mundó creer,
que de quien me vence á solas
salgo á vengarme con cien.
PABLO. Buen par de brazos!—La rueca,
no el puñal usar debeis.
BELTRAN. Buen cumplidor de palabras!
Habeis sido mercader?
PABLO. Mancebo!...
BELTRAN. Me prometisteis...
PABLO. Venganza?—Te vengaré.
BELTRAN. Dicha, amor correspondido.
PABLO. Ingrato! No del desden
te quejes.
BELTRAN. Pero esa boda...
PABLO. Tranquilo á mí no me ves?
BELTRAN. El faro de la esperanza,
por qué de nuevo encendeis?
Ni yo, ni mi madre aqui
podemos permanecer.

Con ella y con mi mesnada
á Mendigorria iré.

PABLO. La vuelta de vuestro pueblo
no muy de prisa tomeis...

BELTRAN. Pues?

PABLO. De no hallaros ausente,
quizá os deis el parabien.

BELTRAN. Esperais?..

PABLO. En Dios confio.
En Dios... y en una mujer.

BELTRAN. En la santa?..

PABLO. En Catalina.
Muy bella estará.

BELTRAN. Si á fé!
Mas no entiendo...

PABLO. Dios me entiende.

BELTNAN. El cielo os proteja.

PABLO. Amen.
(Mas si el cielo se hace el sordo...
al infierno invocaré.) (*Sacando su puñal.*)
(*Váse Beltran.*)

ESCENA IV.

PABLO, ELVIRA.

ELVIRA. Estamos ya solos.

PABLO. Si.

ELVIRA. No os parece, padre mio,
que á Dios con orgullo impio
tentais, trayéndome aqui?

PABLO. Ya que al mariscal dispensa
tu brazo tal proteccion,
á su nupcial bendicion
te traigo por recompensa.

ELVIRA. Huyamos de este palacio
que ornado de pompa y gala,
placeres y amor exhala,
de dicha puebla el espacio.
Nos atruenan el oido
las músicas en contorno...
vivimos dentro de un horno

por otro amor encendido.
(*Con abatimiento.*)
Padre, aqui estamos de sobra.
Negra nube en esplendente
cielo, es hoy la penitente.
Qué hace pues?

PABLO. Goza en su obra.
Ese gárrulo alborozo
que hoy rebosan los semblantes;
el que espera á los amantes
incomensurable gozo,
son tuyos: estas querellas
que mi honor en la agonia
roncas despide este dia...
tuyas son: gózate en ellas.

ELVIRA. Por qué desgarrais la llaga
mas viva del corazon?
por qué atizais la pasion
que el soplo de Dios apaga?
Mucho sufro al ver cumplida
la dicha de mi rival:
pero salvé al mariscal,
porque su vida es mi vida.

PABLO. Y de tu padre el honor
vale menos?.. Ah! Responde.
(*Suena música apacible á los lejos.*)

ELVIRA. Otra vez!.. (*Observando desde la galeria.*)
Pero, de dónde
sale este dulce rumor?..
(*Vuelve con profundo abatimiento.*)
Se consumó mi ruina.
Al templo!..
(*Pausa. De repente con energia.*)
No, no consiento.

PABLO. (*Que ha ido á la galeria y vuelve.*)
Nuestro suplicio es mas lento.
Felipe con Catalina
viene.

ELVIRA. (*Con furor.*)
Con ella?—(*Con abatimiento.*) Con ella!

PABLO. A gozarse en nuestro oprobio.
Mírala al lado del novio.

(*Llevándola á la galeria*)

ELVIRA. Si... si!—Qué ufana!—Qué bella!
(*Vuelven al proscenio.*)
Si quereis mi salvacion,
padre, huyamos de esta casa.
Loca estoy.—No sé que pasa
aqui (*Señalando á la frente.*) y en mi corazon.

PABLO. Suben.

ELVIRA. Suben? Dios eterno!

PABLO. (*Indicando la puerta de la derecha.*)
Aqui podemos entrar.

ELVIRA. Al fin, al fin va á triunfar
de mi conciencia el infierno. (*Vánse.*)

ESCENA V.

DON FELIPE, DOÑA CATALINA, DUEÑAS, PAJES, *todos de gala*, UN ANCIANO, UNA ANCIANA, UNA JOVEN, VASALLOS *del conde y del mariscal.*

(*El acompañamiento se detiene á las puertas del pabellon, á donde ha llegado con algazara.*)

VASAL. Vivan los novios!

UN ANC. Veinte años
rejuvenecemos hoy.

TODOS. Victor!

UNA ANC. Ya tenemos hijos:
ya la guerra se acabó!

UNA JOV. Parece que vuestras bodas
las bodas de todos son.

CATAL. Gracias, amigos.

UN ANC. Bendita
quien tal ventura nos dió.

CATAL. Gracias.

FELIPE. Dejadnos ahora
solos en el pabellon.
Quisieramos un instante
descansar.
(*Retirase todo el acompañamiento con respetuoso júbilo.*)
Vayan con Dios!

CATAL. Deja, Felipe, que gocen
los pueblos en nuestra union;
que si nuestra dicha es grande,
su ventura no es menor.

FELIPE. Florida cuna el vergel
á nuestros amores dió.
Lo recuerdas, alma mia?

CATAL. Y con soplo arrullador
el aura de la concordia
la blanda cuna meció.
Este jardin fué testigo
de tu noble decision.

FELIPE. Y en él revelarte quiero,
que un insidioso rumor
traer puede á tus oidos
los ecos de otra aficion...

CATAL. (Cielos!) Tuya?

FELIPE. Es una historia
que ha muchos años pasó.
Juveniles devaneos,
efímera obcecacion.

CATAL. Antes has amado?

FELIPE. A nadie
como á tí.—Lo dudas?

CATAL. No.
(Tengo derecho á quejarme?
Yo, que... Calla, corazon.)
(*Con timidez.*)
Yo tambien en mi conciencia
siento aun cierto escozor...

FELIPE. Temes?...

CATAL. Si, temo no amarte
cual tú lo mereces...

FELIPE. Oh!
Paga una sonrisa tuya,
siglos de amoroso ardor.

ESCENA VI.

UNA DUEÑA, ELVIRA, CATALINA, DON FELIPE.

(*Por la derecha de la galeria aparecen la Dueña y Elvira, esta cubierta con el man-*

to. El traje de Elvira debe diferenciarse poco del de las dueñas.)

DUEÑA. Señora... Dignaos...
CATAL. Quién
me llama?
DUEÑA. Un momento.
CATAL. Voy.
(Se acerca á la galeria donde estará Elvira sin dejarse ver apenas. La Dueña se retira.)
ELVIRA. Antes que al altar os lleven
tenemos que hablar las dos.
CATAL. Qué quereis?
ELVIRA. Lo habeis oido?
Antes que al altar...
CALAL. Quién sois?
ELVIRA. La vida del mariscal
va en ello.
CATAL. Alguna traicion...
ELVIRA. Tornad.
CATAL. Tornaré.
ELVIRA. Y... silencio! (*Váse.*)

ESCENA VII.

CATALINA, DON FELIPE.

FELIPE. (*Con inquietud.*) Qué es eso?
CATAL. (*Turbada.*) Doña Mayor...
FELIPE. Yo no sé por qué la dueña
sobresaltos me infundió.
(*En ademan de marchar.*)
La boda, la boda presto.
CATAL. Abrigas algun temor?
FELIPE. Ninguno.
CATAL. La paz firmemos
antes.
FELIPE. Nueva dilacion?
CATAL. Antes la dicha de todos:
despues la nuestra.
FELIPE. Le doy
al conde cuanto poseo:
(*Con pasion.*)
solo á tí te quiero yo! (*Vánse.*)

ESCENA VIII.

ELVIRA, PABLO.

(Salen entrambos por la puerta de la derecha.)

PABLO. Se fueron.

ELVIRA. *(Completamente trastornada por los celos, parece una mujer distinta. Vé las cosas de diversa manera que hasta aqui, y se extraña con sinceridad de lo que antes le parecia natural y bueno.)*

Padre, soy vuestra.
Cómo en tal obcecacion
he vivido? Cómo pude
desoir la santa voz
de mi padre, de mi honra?
Con que devaneos son
palabras y juramentos
que un tiempo me prodigó?
Y esa necia que se fia
del astuto seductor!...
Que no recela un engaño
del que una vez engañó!...
Yo velaré por su honra:
yo...

PABLO. Pero ese enlace...

ELVIRA. Estoy
á desatarlo dispuesta.
Veis la soberbia armazon
de amores, de paz, de bodas,
de fiestas y de esplendor?
De un soplo desaparece:
transfórmase la vision;
y...

PABLO. Faltan pocos instantes...

ELVIRA. Uno sobra á mi furor.
No os importe ver alzada
para dar la bendicon
la mano del sacerdote:
yo la detendré!

PABLO. Tú?

ELVIRA. Yo.
PABLO. (*Volviendo la espalda desdeñoso.*)
Sí, con ruegos, con razones...
ELVIRA. Súplicas! «El matador
»de tu padre, le diré,
»hijo va á llamarte hoy!»
—Será bastante?
PABLO. Y las pruebas?
Astuto el conde traidor,
se burlará de tu dicho,
como de mí se burló.
ELVIRA. De mí?
PABLO. Sabrá desmentirte.
ELVIRA. Desmentirme á mí!
PABLO. Mejor
que á nadie.
ELVIRA. A mí!
PABLO. Por ventura
los que tu nombre aterró,
pobres soldados ayer,
el conde y Felipe son?
ELVIRA. Y si llevo el testimonio?...
PABLO. (*Interrumpiéndola.*)
No es el conde posesor
del papel?
ELVIRA. Con el secreto
de la espada nunca dió.
PABLO. Dónde está?
ELVIRA. (*Sacándole con aire de triunfo.*)
Dónde? En mi mano!
PABLO. Dámele.—Es mio.—Yo soy
quien debe...
ELVIRA. Para salvar
al que ayer me escarneció
le saqué: para salvarnos
servirá de su baldon.
PABLO. Dame...
ELVIRA. Escuchad, padre mio:
no fué prolijo el autor.
(*Leyendo.*) «Por el Conde de Lerin
muero asesinado.»
PABLO. (*Tendiendo la mano con ansia.*) Yo,

yo le llevaré el papel.

ELVIRA. Es mio. Siento el hervor
de la venganza en mi pecho.
Con ansia aguardando estoy
á mi rival. Deshacer
ilusion tras ilusion
todas las suyas intento;
me cebaré en su dolor,
y caerá la inicua boda,
cual cayeron otras dos.

PABLO. Al fin he triunfado!—Ven,
hija de mi corazon...
(Tendiéndola los brazos.)

ELVIRA. *(Abrazándole.)*
Padre mio!... hace veinte años...

PABLO. Que á despecho mio soy
áspero. De mi ternura
disfraz ha sido el rigor.
—Alguien viene.

ELVIRA. Es Catalina.

PABLO. No haya piedad.

ELVIRA. Compasion?
Recelais de mí? Aguardadla
de los mármoles mejor.

PABLO. Sin que entienda el mariscal
que el escrito pareció;
sin lanzarlo á lucha incierta
entre venganza y amor;
mejor partido quizá
del conde sacaré yo.

ELVIRA. Bien: la rival para mí:
sea el resto para vos.
(Váse Pablo por la derecha, y sale Catalina por la izquierda.)

ESCENA IX.

CATALINA, ELVIRA.

CATAL. Me aguardabais?—De qué mal
vuestra lealtad me avisa?
Hablad, que vengo de prisa.

Qué amenaza al mariscal?

ELVIRA. Por él sentis inquietud?

CATAL. Pues qué! No sabeis quién soy?
Qué haceis?

ELVIRA. Contemplando estoy
vuestra gracia y juventud.
(*Acercándose á ella con cierta familiaridad.*)
—Lindo, precioso tocado!
No os sienta del todo mal.
Yo, con mi pobre sayal,
qué parezco á vuestro lado?

CATAL. Basta.

ELVIRA. Sí, basta.—Al decoro
tanta prisa se acomoda?
Hoy Felipe aqui de boda,
pregonado ayer por oro!
Qué! de su amor no sois dueño?
No os considerais segura?

CATAL. Si la boda se apresura,
del mariscal es empeño.

ELVIRA. Y no presumis la causa?

CATAL. De su amor pura impaciencia.

ELVIRA. Inquietud de la conciencia,
que le atormenta sin pausa.

CATAL. Loca estais!—A Dios no place
la grande obra de este dia?
No bendicen á porfia
cielo y tierra nuestro enlace?

ELVIRA. Dios no puede bendecir
dicha que en el mal se funda.
La que hoy de gozo os innunda
hace á la virtud gemir.

CATAL. Cómo?

ELVIRA. Os ocultan, cuitada,
por no malograr su plan,
que la mano que hoy os dan
es una prenda robada.

CATAL. A quién?

ELVIRA. A niña tan pura
un tiempo cual vos y hermosa.

CATAL. Felipe llamóla esposa?

ELVIRA. Prometióselo.
CATAL. Impostura!
Don Felipe es caballero,
es deudo del soberano.
ELVIRA. Por eso niega su mano
á la hija de un pechero.
CATAL. Y ella tal reparacion
demanda al nieto de un rey?
No la amparará la ley.
ELVIRA. La protege la razon.
Será inútil su demanda
contra el conde y mariscal,
si ellos son el tribunal,
y es la fuerza la que manda.
Pero, observad un prodigio:
Dios á la víctima ha puesto
sobre ese poder funesto,
que se humilla á su prestigio:
y aquella niña inocente,
la villana, no se llama
Elvira Perez; la fama
la nombra la penitente.
CATAL. Sereis vos?...
ELVIRA. La sin ventura,
que en la soledad expia
el error de un solo dia
con veinte años de amargura.
CATAL. Y arrancar del corazon
ese amor no habeis podido?
ELVIRA. Hoy los celos han venido
á renovar mi pasion.
Los celos!—Desesperada
en el pecho os vengo á herir,
y os envidiaré al morir,
porque morireis amada.
CATAL. Basta.—El puesto os abandona
la mujer que aborreceis.
(*Quitándose la corona de flo*
Tomad, Elvira.
ELVIRA. Qué heceis?
CATAL. Vuestra es la nupcial corona.
ELVIRA. Vencerme por generosa

presumis?—Viene ya tarde
vuestro magnífico alarde.
Imaginad otra cosa.
O me quereis regalar
con mi robado tesoro?
Gracia, señora, no imploro:
justicia vengo á invocar.

CATAL. Me insultais, porque sincera...

ELVIRA. Tengo poder y derecho.

CATAL. Mi enlace vieras deshecho
si el puesto no te cediera?

ELVIRA. Aunque á Felipe de hinojos
le tengas ya en el altar,
con horror se ha de apartar
si este escrito ven sus ojos.
(*Enseñándola el papel sin soltarlo.*)

CATAL. Qué dice?...
(*Lee rápidamente y queda aterrada.*)
Mi padre!

ELVIRA. Sí.
Tu padre al suyo mató.

CATAL. Todo se desvaneció!...
Guerra otra vez!—Ay de mí!
(*Hace una pausa. Elvira goza en su abatimiento.*)
Soberbia os creí, celosa:
cruda, implacable os admiro.
—En aquel santo retiro,
no aprendisteis otra cosa?
(*Cambia Elvira de expresion: frunce las cejas, y al verse atacada se presenta amenazadora.*)
La soledad, las montañas,
la oracion, la penitencia,
muda tornan la conciencia
y de bronce las entrañas?

ELVIRA. (*Luchando consigo misma.*)
(Me confunde esta mujer;
por su boca me habla el cielo.)

CATAL. Si os hace feliz mi duelo,
muy dichosa debeis ser.
Adios.—Beso sin encono

la mano que me desgarra...
¡Asi os perdone Navarra,
asi Dios, cual yo os perdono!
(*Hace que se va.*)

ELVIRA. (*Deteniéndola.*) Teneos.—A dónde vais?

CATAL. Pensais que de amor esclava,
loca aficion me arrastraba
al altar?—Os engañais.
Ese dulce sentimiento
que Felipe me inspiró,
mi pecho lo conoció
vivo, inefable, un momento.

ELVIRA. Por otro?

CATAL. Pero, qué importa
de mi amor el sacrificio?
Dios lo aceptaba propicio,
la patria lo via absorta.
Y Dios mi amor borraria,
dándome afectos de esposa,
y la patria generosa
ya desde hoy me sonreia.

ELVIRA. Y he de consentir que ultrajen
amor tan noble y profundo,
yo, que no tengo en el mundo
sino el desierto y su imágen?
Yo que los celos sentí,
tras de veinte años, al verte;
yo, el amante he de cederte?

CATAL. A la patria, que no á mí.
Escucha: al mundo he venido
de la guerra en los embates:
el horror de los combates
suena constante en mi oido.
No hay familia que el rencor
en el hogar no atesore:
ya no hay madre que no llore
hijo robado á su amor.
Pide con ansia incesante
la muerte luto tras luto:
y de lágrimas enjuto
no deja un solo semblante.
No hay deudo en paz con su deudo:

no hay hermano con hermano.
Niégase al noble el villano,
niega el noble al rey su feudo.
Y hoy que tras larga tormenta
brilla el firmamento puro,
con vuestro horrible conjuro,
nublo ya, negro se ostenta.

ELVIRA. No! no!

CATAL. (*Con exaltacion.*) Cuán presto ha cundido,
como la luz por el cielo,
nueva de paz que el consuelo
lleva al hogar escondido!
Por qué las madres risueñas
hoy abrazan á sus hijos?
Por qué arden en regocijos
chozas, palacios y breñas?

ELVIRA. Tu boda...

CATAL. El primer solaz
que el pecho angustiado siente;
el primer dia esplendente
que ven los pueblos, la paz!
Llevan los cantos de gozo
los ecos de cerro en cerro:
nuestras montañas de hierro,
palpitan hoy de alborozo.

ELVIRA. Soy una vil criatura,
y un ángel tú de los cielos:
hoy sacrifico á mis celos
esa universal ventura.
Hoy que de Dios me aparté,
por la pasion impelida,
en el fango estoy sumida.
(*Con firmeza*)
Por siempre á Dios volveré!
No temais nueva mudanza,
que turbe vuestro sosiego.
—Tomad, señora: (*La dá el papel.*)
os entrego
las armas de mi venganza.

CATAL. (*Devolviéndoselo.*)
No: guardadlo vos, señora,
ese papel me atosiga.

ELVIRA. Lo rasgo. (*Hácelo.*) Dios os bendiga
y bendiga al que os adora.
CUTAL. Qué haceis?
ELVIRA. Los últimos lazos
romper de pasion tirana.
CATAL. Santa sois.
ELVIRA. No: soy cristiana.
CATAL. A vuestros pies... (*Queriendo hacerlo.*)
ELVIRA. A mis brazos!...
(*La abraza.*)
Los derechos que adquirí
renuncio en vuestro favor.
CATAL. No los acepta el amor..
ELVIRA. La patria...
CATAL. (*Enternecida.*) La patria si.
Ella respira por vos;
su felicidad es vuestra.
—Y ha de ignorarse tal muestra
de virtud?
ELVIRA. La sabe Dios!
Quien sacrificios reparte,
tampoco de vos se olvida.
(*Suenan las doce.*)
Veis?—La hora convenida.
Id á coger vuestra parte.
(*Váse Catalina.*)

ESCENA X.

ELVIRA.

Desde este mismo momento,
Señor, es tuya mi alma.
Desciende á mí. (*Transportada.*)
Ya en la calma
de mi corazon te siento.
La dulzura de la miel,
la frescura del rocio
mi pecho inundan.—Dios mio!...
Tal dicha habia sin él?...
(*Queda como extasiada en el proscenio.*)

ESCENA XI.

EL CONDE, PABLO, ELVIRA.

(*Pablo y el Conde vienen hablando y se quedan cerca del foro.*)

CONDE. A guisa de mercaderes
lo arreglamos.—Algo cara
me sale la mercancia...
PABLO. Pues no cedo en una blanca.
—Por ese papel, la boda.
CONDE. Bueno. Tomaré mañana
posesion de los castillos,
y dueño ya de las plazas...
(*A Elvira.*)
Dicen que habeis descubierto
el secreto de la espada...
PABLO. Ver solo quiere el escrito,
y el lazo infame desata.
ELVIRA. Padre...
PABLO. (*A Elvira, aparte.*) Qué? Vas á decirme
que no me fie del maula?
ELVIRA. Dios me iluminó...
PABLO. Quién duda?
Dios vuelve al fin por su causa.
ELVIRA. La conciencia...
CONDE. Ea! No hay tiempo
que perder.—Pocas palabras.—
A vuestros celos, Elvira;
lo prometido no basta?
Os queda un vacio...
ELVIRA. Inmenso,
que Dios de llenar se encarga.
CONDE. Por mi mano.
PABLO. Qué decis?
CONDE. Vuestro secreto se paga
con otro secreto.—Sois
madre.
ELVIRA. Lo fuí, desdichada!
CONDE. Lo sois.
ELVIRA. (*Sin qnerer darle crédito.*)

Yo!... Jesus mil veces!

CONDE. Lo dudais?

ELVIRA. No; porque aguarda
Dios á descubrirlo, cuando
puse en Dios mi confianza!

PABLO. (*Al Conde.*) Proseguid.

CONDE. Ese papel.

PABLO. (*A Elvira.*) Dáselo.

ELVIRA. (*Sin escucharle.*) Mi hijo?

CONDE. Estaba
en Mendigorria?

ELVIRA. Sí.
—Con su nodriza.

CONDE. Asaltada
la villa, fueron sus gentes
presa del hierro ó las llamas.

ELVIRA. Y la nodriza y el niño.

CONDE. El niño no, que lloraba
sobre el cadáver: sintióle
por dicha suya una dama;
que el fruto de sus amores
yerto en sus brazos llevaba.
Era ya de noche.—Un hijo
á su amor hacia falta;
y en brazos de la nodriza
dejó el cadáver.

ELVIRA. ¡Oh, santa
Providencia!

CONDE. Le trocó
por...

PABLO. Por quién?—Su nombre! Acaba.

ELVIRA. Mi hijo! Dádmelo.—Es mio!

CONDE. El papel.

ELVIRA. (*Con desesperacion.*) Mi hijo!

CONDE. Nada.
Nada mas!

ELVIRA. Por compasion!
decidme!...

CONDE. Ni una palabra.

PABLO. (*A Elvira.*) Entrega sin condiciones
el papel —Te turbas?... Callas?
(*Con voz de trueno.*)

El papel!...

ELVIRA. Hecho pedazos.

PABLO. Maldicion!

(*Cae desvanecido en un sillon.*)

CONDE. (Pues mas barata
me salió la mercancia
de lo que yo imaginaba.
—Apresuremos la boda,
salga despues lo que salga.) (*Váse.*)

ESCENA XII.

ELVIRA, PABLO.

ELVIRA. Pues en tus brazos me arrojo,
en ellos, señor, me salva!
—Padre!. .

PABLO. (*Volviendo en sí.*)
Dónde estoy?...—Al lado
de quien me vende y me engaña?
(*Exaltándose gradualmente.*)
Sí, que el papel habrás dado,
quizás, por una mirada,
por una falaz sonrisa,
del que en torpe amor te abrasa!
Por él, del mundo te olvidas;
por él á tu padre ultrajas,
mi nombre afrentas, de oprobio
ciñes otra vez mis canas...

ELVIRA. No por él, por Dios!...

PABLO. (*Ciego de furor.*) A Dios
encomienda ya tu alma,
hija vil! Este puñal, (*Sacándolo.*)
que al corazon asestaba
de tu burlador, se tuerce
al seno de la burlada;
mas criminal, mas infame,
mas, que el otro...

ELVIRA. (*Con calma.*) Padre!

PABLO. Calla!
De rodillas!... (*Haciéndola caer de hinojos.*

ELVIRA. (*Con dulzura.*) De rodillas,

padre mio, demos gracias
al Señor, por la ventura
que nos devuelve.

PABLO. (*Asombrado por la serenidad de Elvira.*)
Esa calma...

ELVIRA. Contra el seno de una madre
vuestros brazos se levantan
en el momento en que un hijo
cariñoso los reclama?

PABLO. Oh! Sí.

ELVIRA. El eco de sus pasos
siento en el hondo del alma.
A mi regazo le envia
la Providencia apiadada.
(*Presentándole el pecho.*)
Heridme, si os atreveis,
antes que en mis brazos caiga.

PABLO. No: la Providencia adoro.
Yo en mi furor la olvidaba.
Yo al hijo olvidé.

ELVIRA. Y al cielo
la diestra tendeis armada?

PABLO. Ah, no! (*Deja caer el puñal.*)
Pero impune el monstruo...

ELVIRA. (*Alzándose.*) Padre, el rocio del alba
penetra y fecunda el cesped;
por los peñascos resbala.

PABLO. Qué dices?

ELVIRA. Las bendiciones
que los cielos nos regalan,
se evaporan infecundas
del pecho que el odio abrasa.

PABLO. Un hijo!...

ELVIRA. Padre, un pedazo
de nuestras mismas entrañas!
Otro ser que os ame siempre,
como vuestra Elvira os ama.

PABLO. (*Profundamente conmovido.*)
Sí; pero él ha de libar
en nuestra copa la infamia:
y el duro pan del oprobio
ablandará con sus lágrimas.

ELVIRA. Venga un hijo á nuestra choza
que os sonria á la mañana,
como la aurora sonrie;
que venere vuestras canas;
que al tranquilo hogar se siente,
donde arderá fácil llama;
donde hervirán los manjares
que mis manos os preparan!
Que al ver transcurrir el dia
en consoladora calma,
que no perturben los ecos
de la guerra despiadada,
diga: «bendita quien dió
tan dulce paz á la patria!»
Y al corazon de su madre
descenderá regalada
esa bendicion!... Por qué
no quereis vos alcanzarla?

PABLO. El hijo, el hijo busquemos!

ELVIRA. La dicha pura no se halla
sino en Dios; y á Dios no encuentra
quien va buscando venganza.

PABLO. Tú por Felipe procuras.

ELVIRA. Porque goceis de la santa
dulzura, que al sacrificio
perpetuamente acompaña.
La virtud tiene en el mundo
recompensa anticipada,
aurora del dia eterno
que en otro mundo la aguarda.

PABLO. No me vengaré.

ELVIRA. Eso es poco.
Perdon!

PABLO. Estás perdonada.

ELVIRA. Al padre del hijo mio!

PABLO. Sí, tambien, hija de mi alma;
que el raudal de tu virtud
mano y corazon arrastra.
Tambien le perdono!

ELVIRA. (*Levantándose con gozo inefable.*)
Padre!

PABLO. Respiro!... Tremenda carga

con el perdon de la ofensa,
el pecho oprimido lanza!
—Dios te bendiga!... y bendiga...
—Iba á bendecir tu falta,
que me ha dado á conocer
el consuelo de borrarla.

ELVIRA. Descienda el almo rocio:
la tierra está preparada.
(Se disponen á marchar; llega Felipe y los detiene.)

ESCENA XIII.

D. FELIPE, ELVIRA, PABLO.

FELIPE. Dónde vais?

PABLO. No en tu busca.

FELIPE. Deteneos.
(A Elvira.)
No hay para tí esperanza...

ELVIRA. Desposado?...

FELIPE. *(A Pablo.)* Tus intrigas,
(A Elvira.) tus locos devaneos,
contra mi noble afan se han estrellado.

ELVIRA. Si efímera ventura Dios me niega,
no me abandona para siempre. El alma
que á sus brazos se entrega,
en ellos tiene inmarcesible palma.

PABLO. Mira, Felipe, mira
cuánto vale obrar bien, cuanto mi Elvira!...
Veinte años por sendero tortuoso
sombra á que reposar buscaba en vano;
recto camino me indicó su mano,
y hallo sombra do quier, dulce reposo.

ELVIRA. Adios, por siempre, adios!...

FELIPE. Tan impaciente...

PABLO. Un hijo nos espera. *(Sin poderse contener.)*

FELIPE. Ha dicho el Conde?...

ELVIRA. Quiero estrecharlo en mi regazo ardiente.
—Tú lo sabes tambien.—Dónde está, dónde?

FELIPE. Modera tu impaciencia, tu alegria...

ELVIRA. *(Sin escucharle.)*
En dónde?

FELIPE. Aqui!

ELVIRA. Gran Dios! Ventura tanta
en este alcázar para mí existia?

FELIPE. (Me conmueve su voz, mi plan me espanta!..)

ELVIRA. Llévanos á sus brazos... Asi goces
tu amor, ya de hoy en mas santificado!
Mi padre, (*Volviéndose á Pablo.*)
no es verdad? te ha perdonado,
y yo, bien lo conoces;
de tu desden herida,
yo me creí infeliz, nunca ofendida.
El hijo mio!...—Siempre con extraños,
sin los halagos de mi amor profundo,
sin el arrulllo maternal, veinte años
ha vivido cual yo, solo en el mundo!

FELIPE. Ten calma.

ELVIRA. Es ya la tuya aterradora.

FELIPE. Tu hijo el nombre de su madre ignora...

ELVIRA. Se lo dirá mi amor.

FELIPE. Es imposible.

ELVIRA. No lo decia yo que algo de horrible
Me anunciaba tu calma?—
(*A su padre.*) Lo estais viendo?
—No temas ya que te interrumpa.—Atiendo.

FELIPE. En noche infausta, tras contienda ruda...

ELVIRA. Lo sé; por un cadáver fué trocado.

FELIPE. La madre...

ELVIRA. La que el hijo me ha robado.

FELIPE. Lo crió como tal. Era viuda,
no tenia otro afan...

ELVIRA. Yo, cuál tenia?

FELIPE. De generosa estirpe descendia...

ELVIRA. Si el hijo ha de seguir tu noble huella,
ya todo, todo mi razon lo allana.
Entre la dama y yo, primero es ella;
que soy la madre; pero soy villana.
—Y quién es la dichosa?...

PABLO. Lo adivina
mi corazon.

FELIPE. De madre á Catalina
sirve...

PABLO. Doña Mayor!

ELVIRA. Y ese mancebo...
(*Con explosion.*)
Beltran! Quién me arrebata
de sus brazos jamás, si no me mata?
Quién mas noble, bizarro y de mas brio?
Qué madre tiene un hijo como el mio?

PABLO. Y quieren de su amor verme privado!...

ELVIRA. Privarnos de su amor!...—Los desafio.

FELIPE. Doña Mayor con rostro avergonzado,
porque Beltran su feudo ayer rompiera,
al conde le contó...

ELVIRA. Si madre fuera,
las faltas que en secreto cuestan lloro,
ante la faz del mundo defendiera.
Basta: con todas ellas yo le adoro.

PABLO. Yo defensa le guardo...

ELVIRA. Él es mi orgullo, mi único tesoro.

FELIPE. Y él, capitan, hidalgo, caballero,
al verse pobre, mísero pechero,
y en lugar de legítimo, bastardo;
tendrá tu mismo afan, tu orgullo mismo
en llamarte su madre?

ELVIRA. Horrible dardo!

FELIPE. Será feliz? Inevitable abismo
de humillacion, tus brazos le preparan.

ELVIRA. Y qué exiges de mí?

FELIPE. Que tu conciencia
lo dicte.

ELVIRA. Basta ya: sé mi sentencia.
—Desnudos ya de mundanal consuelo,
padre, nos llama Dios á su servicio,
exige este postrero sacrificio:
la recompensa toda está en el cielo.
(*Volviendo sus ojos hácia el castillo.*)
Hijo del corazon! Parto sin verte...
si te viese otra vez, no partiria!
velaré por tu bien, hasta la muerte;
y aun despues de morir!

ESCENA ULTIMA.

BELTRAN, CATALINA, *el* CONDE, DICHOS.

BELTRAN. (*Arrojándose á los brazos de Elvira.*)
Sí, madre mia.

ELVIRA. Hijo del corazon.

FELIPE. (*Profundamente conmovido.*) Es vergonzoso
resistir.—Vuestro soy!
(*Abraza á Elvira y Beltran.*)

BELTRAN. Gozo completo!

ELVIRA. Pero la bendicion...

CATAL. Se ha suspendido...
(*Felipe hace un movimiento de sorpresa.*)
por el buen mariscal, cuando el secreto
(*Mirando al mariscal con severidad.*)
que le impone un deber, aquí há sabido.
(*Vuélvese á Elvira.*)
Si á tí por un momento lo ha ocultado;
si nuevos sacrificios te ha exigido
tu corazon magnánimo ha probado.

FELIPE. (*Á Catalina.*) (Gracias!)

CATAL. (*Á Elvira.*) Su mano es hoy la recompensa
de tu santa virtud.

FELIPE. Dulce tributo,
justa reparacion de tanta ofensa.

ELVITA. (*Á Catalina.*)
Y asi malogras de concordia el fruto?
La paz, la santa paz que desde el cielo,
llamada por tu amor ha descendido,
triste otra vez remontará su vuelo?
Jamás!

FELIPE. (*Uniendo las manos de Beltran y Catalina.*)
En otro amor tendrá su nido.

CONDE. Tu intriga... (*Á Pablo, sonriéndose.*)

PABLO. Ha revelado mi impotencia.
—Pero en brazos de Dios, con fé sencilla
me arrojo y triunfo.—Si: la frente humilla,
y adora, como yo, la Providencia.
(*Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.



CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

chaques de la vejez.
ngela.
fectos de odio y amor.
rcanos del alma.
mar despues de la muerte.
l mejor cazador...
caque quieren las cosas.
mor es sueño.
l cabo de los años mil...
larcon.
caza de herencias.
caza de cuervos.
mante, rival y paje.
mor, poder y pelucas.

onito viaje.
oadicea, *drama heróico.*

on razon y sin razon.
añizares y Guevara.
ómo se rompen palabras.
osas suyas.
onspirar con buena suerte.
hismes, parientes y amigos.
ada cual ama á su modo.
ocinero y Capitan.
on el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.

Don Sancho el Bravo.
on Bernardo de Cabrera.
e audaces es la fortuna.
Dos sobrinos contra un tio.

El anillo del Rey.
El amor y la moda.
El chal de cachemira.
El caballero Feudal.
El cadete.
Espinas de una flor.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
Entre bobos anda el juego.
El escondido y la tapada.
En mangas de camisa.
¡Está loca!
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.

Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética.*
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
El Suplicio de Tántalo.
Echarse en brazos de Dios.
El rico y el pobre.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El Monarca y el Judio.
El pollo y la viuda.
El beso de Judas.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.

Hacer cuenta sin la huéspeda
Historia china.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.

La escuela de los amigos.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.

La Gitanilla de Madrid.
La Hiel en copa de oro.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Llueven hijos.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de san Fernando.
La Verdad en el Espejo.
La Boda de Quevedo.
La Rica-hembra.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La Archiduquesita.
La voz de las Provincias.
La libertad de Florencia.
La Crisis.
Los estremos.
La hija del rey René.

Mal de ojo.
Mi mamá
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!

Para heridas las de honor, o el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.

San Isidro *(Patron de Madrid)*
Su Imagen.
Simpatia y antipatia.

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.
Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en diez minutos.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas
Un sí y un no.
Un Huesped del otro mundo.
Una broma de Quevedo.
Una venganza eal.

Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Virginia.

Zamarrilla, ó los bandidos
Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de una Reina.
Escenas de Chamberí.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
La cola del diablo.
El estreno de un artista.
El marqués de Caravaca.
El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*su musica*).
Tres para una.
La Cisterna encantada
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
Pablito. (Segunda parte Don Simon.)
La Cazeria Real.
El Hijo de familia ó el La
voluntario.
Los Jardines del Buen Reti
El trompeta del Archicbqu
Moreto.
Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Coron
Catalina.
La noche de ánimas
Claveyina la Citana.
La familia nerviosa, ó el s
omnibus.
Las bodas de Juanita.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm.
cuarto segundo de la izquierda.